Tidmarsh

I.J. Hernández

La luna nos odia con toda la fuerza de la gravedad



EDEA

La luna nos odia con toda la fuerza de la gravedad

I.J. Hernández

La luna nos odia con toda la fuerza de la gravedad

IDEA

Director de arte: Marcelo López
Maquetación: Migdalia Morales

I.J. Hernández
La luna nos odia con toda la fuerza de la gravedad

Primera edición en Ediciones Idea: 2017

© De la edición:Ediciones Idea, 2017
© Del texto: I.J. Hernández

Ediciones Idea

• San Clemente, 24, Edificio El Pilar,
38002, Santa Cruz de Tenerife.
Tel.: 922 532150
Fax: 922 286062

• León y Castillo, 39 – 4º B
35003 Las Palmas de Gran Canaria
Tel.: 928 373637 – 928 381827
Fax: 928 382196

• correo@edicionesidea.com
• www.edicionesidea.com

Fotomecánica e impresión: Gráficas Tenerife, S. A.
Impreso en España – Printed in Spain
ISBN: 978-84-16759-48-4
Depósito legal: TF-668-2017

Este libro protege el entorno

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por medio alguno, ya sea electrónico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo y expreso del editor.

Y así, un vaso de fiebre, un largo termómetro
como el brazo pálido de un muerto,
me hunden en los sueños sin retorno,
me arrancan el rostro como a un
derrotado boxeador.

Félix Francisco Casanova

A mi perro Nabokov

1. Una luna de hormigón

Parte I

Victoria

1

Una historia que comienza con un polvo de leyenda y finaliza en el interior de un ascensor fabricado en la región inglesa de West Midlands durante el victorianismo tardío, en cuya jaula de hierro forjado con racimos de uva se escenifica la aplastante victoria de la vida sobre la muerte, no tiene vuelta de tuerca. Se llamará Victoria, como este magnífico hotel, dijo la mamá en plan Greta Garbo. Cuentan que Eduardo Berrat, el típico personaje que pasaba por allí, asintió o hundió su cabeza en el aura de la pequeña, como si su cuello estuviera hecho con barcos de papel. También dicen que lloró océanos de tiempo, digamos que Eduardo Berrat se sintió como un rayo secuestrado en un tubo de ensayo. Puede que primero observara el monstruoso coño de aquella mujer y entendiera un poco mejor los secretos del universo o no los entendiera para nada. Recordó un capítulo de *Doctor en Alaska*, donde un idiota en medio de ninguna parte ayuda a otro idiota en el parto de un osezno y en medio de la nada los dos idiotas acaban sin cabeza. Pero la luz, es la luz, y allí estaba él, un hombre hecho de incendios de nieve intentando extraer del coño de una desconocida el mismísimo milagro de la vida. Dicen que la

primera persona que te toca al nacer se convierte en algo así como tu gemelo en la sombra, un protector o hada madrina, pero también dicen que la primera persona que grita tu nombre es sólo la primera persona que escucha tu nombre en alta fidelidad. Pasaron los años y los protagonistas de esta historia no volvieron a encontrase, pero en ese ir y venir de voluntades y azares, Berrat seguiría conmemorando el día más extraño y excitante de su vida. Cada 7 de febrero, alentado por una sensación que a ninguna otra se le parecía, enviaba, sin reparar en gastos, toda clase de majaderías: flores, sobre todo rosas; muñecas, sobre todo caucásicas; estampitas de princesas muy monas y poemas de Benedetti escritos a mano en postales de mercadillo. Todos los poemas de Benedetti, recuerda, hablaban de lo mismo: el olvido es uno mismo. La señora Fernández Salvia, por su parte, depositaba en la oficina de correos fotografías de la pequeña, hasta que la pequeña dejó de ser pequeña y la distancia cada día más y más grande. Siempre pasa. Un día o una noche, quién lo sabe, los amigos del azar dejan de recordarse. Dicen que Berrat murió el año pasado. La probabilidad de que te caiga un rayo es siempre una probabilidad.

2

La noche del 13 de octubre de 2012, Victoria Fernández Salvia desapareció de la faz de la tierra. Se despidió de don Gracián a las veintiuna horas. El hombre más delgado que Victoria había conocido nunca (de niña estaba convencida de que don Gracián estaba hecho sólo de huesos y propinas) le dijo que estaba tan linda como todas las primaveras de la Toscana encerradas en ámbar y que tuviera cuidado con los primeros y los últimos hombres. «Esas constelaciones pintadas en tu piel son poesía, así que no permitas que ningún mamarracho deshaga la magia». Siempre lo hacía, tratarla como a una hija. Había visto a la niña de las mil pecas gatear por el zaguán del edificio como una culebra borracha, dar sus primeros pasos en solitario, desaparecer en el ascensor y aparecer en la terraza, desfilar con elegancia, como si la magia pudiera andar, por las escaleras o el rellano. Se llevaban de miedo. Don Gracián siempre hizo la vista gorda a las travesuras de Victoria, a cambio de un silencio tan natural como discreto, Victoria le regalaba a don Gracián primeras ediciones de sus autores predilectos (Carpentier, Cortázar, Onetti, Sábato o Lezama Lima). Don Gracián era un fanático de los autores del boom latinoamericano y el padre de Victoria el propietario de la librería Macondo. Las pesquisas policiales

en torno a don Gracián quedaron en nada. El pobre hombre se pasaba el día leyendo historias que apenas recordaba, historias dentro de historias que jamás encajaban, ni siquiera con notas a pie de página o dibujos palmarios en las esquinas de los periódicos. Esa noche, don Gracián retomó la lectura de *El arpa y la sombra*, dijo algo en latín sobre Pío IX y, religiosamente, se le cerraron los ojos. Plano general. Victoria abandona el edificio Luna imaginando a Pío IX encerrado en una jaula. Se reúne con dos amigas: Yaiza Garmendia y Alicia Montesdeoca. «¿Qué pasó después?», pregunta un policía con aspecto de chorizo. «Se bajaron del taxi como lo hace todo el mundo y entraron en un restaurante chino», contesta un taxista al que le incomoda sobremanera ser interrogado por un policía con aspecto de chorizo. Suponemos que hablaron de cosas de chicas sobre cosas de chicos. Antes, hablaron de gatos y de perros desaparecidos. Salieron por donde entraron. Anduvieron juntas tarareando *Cigarettes* de Russian Red. No había poesía en las estrellas. Pararon para fumar, un pitillo por pulmón. Tenían un problema y dos cigarrillos. «No hay problema», dijo Victoria. Sigamos con nuestra Super-8 los pasos de Victoria: cuatro pasos en línea recta por la acera, gira, paso y medio a la izquierda. Ampliamos encuadre: Victoria le pide un cigarrillo a una mujer de unos treinta y tantos, ataviada con un traje negro ceñido, recortado hasta el alma, de esos que no se ven desde la Movida madrileña. Victoria cree haberla visto en el ascensor de su edificio, pero no las tiene todas consigo. La mujer parece tener murciélagos por ojeras, una media sonrisa que deja entrever unos dientes casi perfectos, labios sumergidos en olas de sangre y la tez cubierta por una capa muy espesa de color blanco, endiabladamente dulcificado con colorete púrpura. La mujer que parece deambular por el París del siglo XVIII, le pasa un pitillo de liar. Hablan de climatología,

de mecheros inapagables y de todo lo que pueda decirse en medio minuto, incluido un delicioso: «Sabe a marihuana». La mujer se queda pegada a la pared, con su pierna izquierda flexionada y los ojos inyectados en niebla, como si estuviera a punto de ser guillotinada. Sacude la pared con sus zapatillas Converse. Cree haber visto a aquella chica subiendo las escaleras de su edificio. «Eleanor, me llamo Eleanor Smith». «Yo, Victoria». «Te compro el nombre», dice Eleanor sacudiendo la pared con sus zapatillas Converse. «Gracias por el peta», dice Victoria con una sonrisa de leyenda. Eleanor tiene hambre. Yaiza, Alicia y Victoria se comen la noche. Entran en un pub. Bailan. A las cero seis cero tres de la mañana Alicia desaparece. Diez minutos después, Yaiza recorre la discoteca de esquina a esquina, de punto muerto de las esquinas y los lavabos a punto muerto de las barras y los anfiteatros. No encuentra a Alicia, que, hasta donde el ojo de mis soplones alcanza, se halla en la parte trasera de un Mercedes Benz negro con matrícula de Gran Canaria, enroscándose, arqueándose como una contorsionista que no advierte forma humana de consumar el ejercicio por más que se repita que el cielo es bonito y está ahí arriba con sus nubes y claros, y la tierra ahí abajo, tan dura, joder, qué dura, como el *paquete* de esos tipos asquerosos que se rozan en el metro o en cualquier lado. Yaiza sale a la calle, camina como si fuera a provocar un huracán con sus tacones. No hay rastro de mis soplones. Yaiza enciende un pitillo. Juraría haber visto el coche del exnovio de Alicia, un chulo de metro noventa con una napia de las buenas (dice la leyenda que vende hachís afgano desde 3º de la ESO). Siempre le pareció un chupapollas. El humo y la niebla forman algo así como una flecha o como una Beretta. La cabeza de Alicia sube y baja como uno de esos ascensores de principios de siglo. Yaiza tira el cigarrillo al suelo. Dice mierda o parece

que lo dijera. Enciende otro cigarrillo y lo tira en el cristal delantero del coche. No piensa joderle la mamada a su amiga del alma, pero sigue rayada y podría joderle la mamada y aquí paz y en el cielo gloria. Pero no lo hace. Piensa en la última frase que disparó Victoria. Deja de pensar. Mente en blanco, se dice. Nunca le sale bien.

3

Yaiza escribe en el cristal del taxi: *Podría perder un pajar en un alfiler*. Se toca la chupa. Saca del bolsillo derecho el móvil de Victoria. Le da vueltas al rollo del alfiler y se imagina a Victoria en un granero de Wisconsin envuelto en llamas. Vomita. El taxista le dice que hay bolsas del Mercadona debajo de su asiento. «Gracias», dice Yaiza. El taxista farfulla: «Las bolsas ya no son gratis ni las muchachas son lo que eran». Yaiza piensa en Victoria. Se siente como si viviera en Wisconsin y su viejo fuera uno de esos cabronazos mormones que fuman en el granero para que Dios no se esfume.

4

Concentrémonos en el ventanuco. Cincuenta centímetros de largo por treinta de alto. Victoria ha conseguido separar el tablón de madera como si descendiera de una larga estipe de leñadores y le importara un comino arrancarse los dedos de cuajo. Tiene las uñas como Pinocho el día que se enteró por boca del cabrón de Geppetto de que nadie, absolutamente nadie, se queda ciego por un par de pajas al día. Pareciera que la noche se ha tragado el mundo. Se tumba en la cama. El colchón huele a rancio, como si algún egiptólogo abriera delante de tus narices un sarcófago con tres mil años de antigüedad. Fija sus pupilas en el techo de la habitación. No cree en Dios pero piensa en él. Vacío, energía, gravedad. Ahora, con una delicadeza cercana al mejor verso de Lorca, desplaza sus globos oculares al frente. En la pared cuelga un cuadro. Uno de esos cuadros que suele acabar en la basura o en los aseos de un garito cutre. A Victoria le encantan los caballos. El caballito del cuadro tiene un cuerno, pero no por ello deja de tener los ojos de un caballito. Cuando uno mira fijamente a un caballo, el caballo sabe que existe más allá de sus ojos. Con un unicornio pasa lo mismo.

5

Alguien le hace un electroshock a la luna. Victoria se sube a la silla con una torpeza cercana al peor verso de Lorca. Sus ojos acuosos se precipitan al vacío. Cuando uno está jodido todo se resume a vacío. Realidad igual a vacío. No hay cosa más puñetera que inventariar el vacío. La cúpula de la Catedral, la que tantas veces contempló desde la ventana de su habitación, sigue ahí. No se lo puede creer. Las catedrales no se mueven, se mueven las montañas y los carritos de helado. ¡Estoy secuestrada en mi puto edificio!, maldice. Piensa que alguna de sus amigas le ha gastado una broma. No es una idea descabellada. Sospecha de Yaiza, a la que siempre le ha ido la marcha, pero Yaiza no la dejaría medio desnuda en una habitación que huele a prostíbulo del siglo XIX. Matilde, se dice. No, se desdice. Matilde está de Erasmus en París, concluye. Piensa en el idiota de Alfredo, su ex, pero Alfredo no ha matado una mosca en su puta vida. Por si las moscas, que se oyen como arcadas en un retrete cercano, Victoria garabatea en el cristal, con la sangre que meridianamente desfila por sus dedos de alambre: *SOS*. Tapia la ventana como alguien hizo antes mejor que ella, rueda el mueble, escupe, se limpia las manos y espera. Hace ademán de rezar, pero no sabe a quién diablos rezar. Coge la

bandeja que alguien acaba de pasar por el hueco inferior de la puerta, uno de esos pasadizos para perros *mil leches*. La esperanza es sobre todo ayuno, piensa la señora Salvia mientras vomita el desayuno.

6

Victoria sabe que los unicornios son mágicos y que la magia no existe, pero algo le dice que el jodido unicornio le ha guiñado el ojo. Orina en el inodoro turco, se deja caer sobre la cama. Planifica una ruta de senderismo entre dos puntos maravillosos, como un ensayo escrito a dos manos por Shakespeare y Cervantes. Recorrido real: tiempo estimado menos tiempo relativo. Tiempo estimado: un beso robado en una habitación oscura. Tiempo relativo: lo que dijo Einstein de estar sentado junto a una chica preciosa durante un minuto. Dificultad: a ratos Mick Jagger a ratos Facundo Cabrales. Gira hacia el este en el árbol flacucho y triste que linda con otro árbol desarbolado e igual de triste. Hay un tercer árbol, parece menos acongojado, pero hasta la fecha ningún científico ha cuantificado la tristeza acumulada en el alma de un árbol talado. Hay varias hipótesis, pero la más elocuente es la denominada: Teoría de la sonrisa de patata, enunciada por el físico Henry Lazard en 1986. Imaginemos que nacemos con un corazón de patata y antes de los quince escribimos tres poemas apocalípticos con terribles y dolorosas faltas de ortografía, y una noche de borrachera nos enamoramos de cualquier cosa y nos tatuamos en la legítima frontera de nuestro sexo una cita cursi del primer Neruda y, ¡zas!, llega

algún gilipollas con ganas de contar su patética vida. Vuelve a girar, esta vez hacia el oeste. El oeste no siempre es el oeste. A veces es el norte y a veces el sur, incluso el este. La mayoría de las veces sólo es un lugar aparente. ¿Puede un árbol estar triste?

7

Imagina que un ángel abandonará su retablo a la caída de los párpados, y le tenderá, ya no una mano, ni dos, sino que se tomará la molestia de arrancarse las alas para prestárselas como haría cualquier hijo de vecino, y, (escucha... ¿puedes escucharlo?) con una voz celestial robada al mismísimo creador, le susurrará al oído que no se preocupe, que ya le saldrán otras, con suerte más grandes y con la venia del jefe, impermeables, y le dirá que no hace falta que estire los brazos y también le dirá cómo vivir en las nubes y no morir en el tendido eléctrico. Protocolo: ponerse las alas, moverlas como si el viento agitara el más hermoso de los sueños, no caer en la tentación de extirparse las alas, volar, aprender a caer, diferenciar un cable de una nube con forma de cable, devolver las alas en perfecto estado de ensoñación, por si la fábrica de alas se demora en hacerle unas nuevas, Dios no lo quiera, y no le quedara al angelito otro remedio que andar. A los ángeles no les gusta caminar. Se marean. Es fácil distinguirlos por las calles. Visualicen un Playmobil, visualicen un Playmobil al que un Madelman le ha roto el ojete. Cambiemos de plano. El ángel de Victoria tiene nombre y apellidos, pero es muy raro, difícil de pronunciar para el género humano. Piensa en los sonidos de estallido de pulso de un delfín. Hace tres años, un tipo que no hablaba como un delfín pero

sí tenía la nariz como un delfín, le dio la patada. Con cincuenta y cuatro años nadie encuentra trabajo, le dijo el ángel, pero el tipo era del género humano y los humanos no entienden a los ángeles. A cualquiera se le caen las alas, el pelo y lo que tranque por delante la rabia si cree que la vida ha perdido su gracia. Era ingeniero de máquinas o de caminos, ¿a quién le importa? Vive con Hipopótamo, su vieja pitón, en el edificio Luna. Está divorciado y es padre de dos niñas a las que no ve desde que podía llamarlas niñas. El piso se lo quedó él. Su mujer se piró a Montevideo con un ranchero o un torero, no lo sabe bien. El único vecino que conoce del edificio le ha dicho que tiene un amigo que necesita que le echen un cable, le advierte que no paga como un jeque pero que en los tiempos que corren hay que coger las cosas al vuelo o uno no se levanta del suelo ni a patadas. Después de la angustia, el miedo y la desesperanza, a cualquiera se le puede caer el alma, pero no los anillos, así que el curro de peón en la remodelación de La Catedral de La Laguna, a pocos metros de su casa, es un golpe de suerte. Dicen que en el mundo hay dos clases de personas: la gente que se folla a la suerte y la gente que no se come un rosco.

8

Victoria Fernández Salvia se ha acostumbrado a vivir en las nubes. La liviandad y ella. Ella y la liviandad. Dejando de lado ese sueño de Ícaro, de Poe o del Bolaño exiliado en el cielo de la biblioteca pública de México D.F., Victoria echa de menos los semáforos. Ese molde camaleónico que titila al son de los pasos anónimos y de las miradas furtivas, ese espectro azaroso, testimonial, ciertamente le conmueve. Le recuerda a su viejo, al que ve fugazmente, como el chiste de la cebra daltónica y el espectro visible, masculla Victoria mientras atrapa una nube entre sus dedos. «Buenas tardes», expresa con aliento francés un señor espigado, de unos cuarenta y tantos o unos cincuenta y pocos, mirada asesina, con bigote a lo Cantinflas, traje inglés color verde aspérula y pajarita ajustada estilo *Butterfly*. «Hola», manifiesta Victoria retirando su bolso de mano del asiento contiguo. El hombre se sienta y masajea su tripa con la hebilla del cinturón de seguridad. Ríe, estornuda y saca de la riñonera que ha colocado apresuradamente entre sus piernas un antifaz para dormir. El avión despega. Victoria entrelaza sus manos y lanza al aire una frase inhallable, por tanto, inencontrable. Un ejército de turbulencias ataca por retaguardia. El pasajero F4 se quita el antifaz atropelladamente, transforman-

do unas cejas mesuradas y aburridas en cuchillos diminutos. «¿Hemos llegado?», le pregunta a Victoria desvistiendo a destiempo sus pupilas. «Creo que sufriremos uno de esos accidentes aéreos en el que los cuerpos de los pasajeros jamás aparecen», responde Victoria. «Siempre quise ser protagonista de algo», dice el pasajero F4 colocándose de nuevo el antifaz. El pasajero F4 sueña con una colección de espinas y de cucarachas sin redención. Aparece y desaparece en un harakiri interestelar. Muere en Ciudad Juárez sin haberla visitado jamás.

9

Amanece. El ángel regresa al trabajo. El muy bestia resucita a martillazos la cúpula de la Catedral. Victoria piensa que los ángeles no deberían tener las alas atadas (un arnés exprime su tronco superior como si el demonio le estrujara las entrañas) ni parecerse en modo alguno a los humanos. Un ángel con cara de hambre le pregunta que qué tal por ahí arriba. El ángel que parece humano, contesta que ve su casa como el primer indígena americano que divisó un barco español. El ángel con cara de hambre se pregunta si los ángeles pueden morir de hambre. El ángel que jamás abre sus alas porque para eso Dios hizo a los hermanos Wright, está de los nervios por la ley seca que ha decretado el jefazo. Nada de cerveza en el desayuno. Agua sí, pero los ángeles no beben agua. La cerveza engorda, afirma un subalterno del que poco o nada sabemos, y si los pobres angelitos engordan, el Altísimo les prohíbe volar cerca de los parques. Y para los ángeles, créeme, no hay nada peor que alejarse de un parque. Se pegarían un tiro. Digamos que necesitan un chute de babas. Babas románticas. En la era de la tecnología, donde puedes tirarte un androide en una de esas cápsulas dormitorio de Tokio, el reino de las babas románticas sigue siendo el parque de barrio de toda la vida. En efecto, los ángeles

aman por encima de todas las cosas a las parejas que se regalan los besos más desesperados del universo en un parque cursi hasta la diarrea. Por cierto, los ángeles se pegarían un tiro definitivo antes de exiliarse en un centro comercial. «Panda de gordinflones, desde el cariño, ¿de verdad creéis que la pubertad, esa herida mortal que ideé para que el ser humano saliera disparado hacia la estratosfera, sigue conservando el magnetismo salvaje de aquellos tiempos no menos salvajes en los que vuestras alas no eran más anchas que sus labios inexpertos?», les dice Dios a dos ángeles que retuercen sus cuellos contemplando cómo dos viejos que han salido del armario se intercambian las dentaduras en un parque del extrarradio.

10

Victoria solicita lápiz y papel, pero el secuestrador, aficionado a los juegos de estrategia, es consciente de que un lápiz puede servir para delinear las carreteras más hermosas del sistema circulatorio, y, del mismo modo, un modo casi mágico, provocar el accidente más encarnado que pueda proyectarse en la imaginación de cualquiera que piense en la técnica *Dripping* de Jackson Pollock. «Imagina un cocainómano dentro de una piragua. Una piragua dentro de un río rápido. Un río rápido que pasa, deriva, a río lento. Un cocainómano muerto, pues eso», le dice el secuestrador a través de la puerta. Ángeles con alas de mantis religiosa, labios cosidos, soldados masturbándose en un barracón de la SS después de cargarse a 2.377 judíos en un tiempo récord, la biblioteca de Alejandría en llamas, palabras que vuelan como hojas de papel sobre los disimulados túneles del cielo, relojes del tamaño del Empire State (los hay más altos y más antiguos y más caros y más todo, como todo, pero a Victoria le encanta sobremanera el Empire State), y extraterrestres sanguinarios de un universo brutal. En efecto, leemos lo que sombreó Victoria en estado de shock, dice un personaje invisible muy parecido al primer lector de esta historia. Lo que no sabes todavía es qué coño pinta Victoria en esta historia.

Digamos, por decir algo, que Victoria personifica la derrota. La decepción que le sobreviene a uno cuando descubre que el arte es algo así como el lenguaje de la muerte. Un cuadro pintado a balazos.

11

Estar más cerca de la luna cuando en realidad ni la luna ni tú se mueven, es poesía, y si no es poesía, que baje Dios y lo escriba. Lorca, algo de Benedetti, un poco de Salinas, otro poco de Alberti. Últimamente, resucita con Félix Francisco Casanova y se muere por Parra. A Lorca lo descubrió en el colegio. Fue como explorar el universo con gafas de buceo. Benedetti se coló entre sus bragas en forma de lengua, la lengua de Roberto Solozábal, su primer intento por salir disparada hacia la luna. El pavo recitaba versos de Mario mientras le lamía a picotazos el sexo. Una mezcla entre gaditano, checo y uruguayo, así sonaban las palabras del falso Benedetti al salir disparadas de su entrepierna. Salinas fue de lectura obligatoria en el instituto. Recuerda su poema *Ámsterdam* como una original aproximación al origen de los sueños. *Esta noche te cruzan verdes, rojas, azules, rapidísimas luces extrañas por los ojos*. La primera vez que se fumó un porro se sintió en deuda con Salinas y también con Quique, el socorrista que le ruló la marihuana. *Yo era un tonto y lo que he visto me ha hecho dos tontos*, de Alberti, la dejó muda. Lo robó de la biblioteca a los dieciséis. Lo leyó así, así, a los diecisiete. A los dieciocho lo devolvió a la biblioteca porque no quería quedarse muda el resto de su vida. Al año

siguiente, volvió a robarlo para regalárselo a una amiga. La amiga no leía una mierda y lo devolvió al día siguiente. Desde entonces, cada lunes, Alberti y Victoria quedan en el pasillo de Literatura Española (sección: Poesía; epígrafe: Siglo XX). Pasean, se miran, se tocan y callan para siempre. La bibliotecaria lo sabe pero se hace la tonta. El secuestrador le pasa otro libro, esta vez: *A favor de Venus*, de Gil de Biedma.

12

Un ángel puede detectar el grado de esperanza de una persona situada a mil kilómetros de su posición, pero su vista es limitada, casi humana; a todas luces suficiente para diferenciar la escarcha de la sangre en una ventana no muy lejana. Se desabrocha las alas. Aspira el vaho de un anciano rodeado de cuervos. Entra en una cafetería que huele a café. No recuerda su nombre. Dejaré este espacio ( ) por si el lector es un asesino o un detective (según Bolaño, no hay otra elección para un hombre, supongo que tampoco para una mujer). El ángel le da los buenos días a un tipo que lee *Condenada* de Palahniuk. Va por la página 209. El ángel no tiene ni puta idea de quién es Chuck Palahniuk y le importa tres pepinos. Pide un café colombiano. Nunca lo ha probado. Lo prueba, le gusta. Agradece la recomendación al tipo sin fe. El tipo sin fe se separa de la barra como si Hércules le hubiera comido la oreja con el rollo de que la vieja Europa y la más vieja África una vez fueron amantes, de esa clase de enamorados que se pegan como lapas. El ángel sale de la cafetería. Se encamina a su edificio, el edificio Luna. Sus plumas se tiñen de negro (inapreciable para el hombre sin fe). Se pregunta quién vivirá en la sexta planta. Lleva un par de años viviendo en el quinto, pero nunca ha visto a su vecino del

sexto. Toca el portero de la sexta planta (la última planta). Vuelve a tocar, espera, toca de nuevo y de nuevo vuelve a esperar. No sé si les ha pasado alguna vez; esperar sin saber *qué*. Regresa a la cafetería. Le pregunta al camarero si sabe quién vive en el ático del edificio Luna. El camarero le dice que manda cojones no saber quién vive en su edificio y que mejor sería preguntárselo a cualquiera menos a él. El ángel señala con el dedo a la ventana del ático. El camarero le dice que hoy es Halloween y en Halloween la gente decora las casas con gilipolleces: arañas, huellas de manos ensangrentadas, calabazas, señales de socorro, cráneos... «El kétchup y la sangre son casi lo mismo», concluye el camarero mirándose las venas de los brazos. El tipo sin fe cierra la novela de Palahniuk. Necesita un cigarrillo. Paga y dice gracias o no dice nada pero deja propina. Enciende un cigarrillo, se encamina al edificio, apaga el cigarrillo. Entra en el portón, luego en el ascensor. Piensa en la primera vez que la tuvo entre sus brazos. No siente nada.

Parte II

Eleanor

1

Te quedarás ciega, morirás sola, te saldrán pelos de hurón en las ingles, engordarás como una vaca loca, tus tetas dejarán de ser tus tetas y, por más que le reces al Sr. Pachanga, muchachita del diablo, ningún hombre gritará tu nombre al amanecer, ni siquiera un hombre lobo, le decía su abuela Asunta cuando la pillaba frotándose el sexo con las clavijas de su nueva guitarra eléctrica Daisy Stardust. Eleanor Smith había soñado un millón de veces con tipos peligrosos pero la mar de atractivos que encendían cigarrillos con el mismísimo aliento. Se había masturbado en todos los jodidos probadores imaginando toda clase de cicatrices, mentones anchurosos e imperfectos, malamente afeitados, en suma medida, desproporcionados. Coleccionista del tacto, gustaba pasar las horas cosquilleando con ternura el felpudo que sombreaba su sexo (un método ciertamente eficaz para tocar la fe, manipularla con sus dedos, de una delgadez tan inusual como hermosa). Adicta a los huracanes y a las tormentas perfectas, buscaba en garitos de mala muerte al hombre que algún día la haría bailar bajo la lluvia. Una lluvia radiactiva en plan ¡*Deshagámonos*! A menudo, dibujaba en su mente calenturienta

decenas de lenguas colosales internándose con brusquedad en el alma misma de su entrepierna. Otras, sólo visionaba, desnuda, estirada boca abajo sobre el sofá, películas francesas de los años sesenta. Para el clímax, se guardaba bajo las bragas la imagen en tres dimensiones de penes monstruosos con olor a sumidero. En su espalda, entre las alas que nunca le crecieron, puede leerse: *On fire* en letras *japo*.

2

«Conocer el origen de sus miedos, señorita Eleanor, será nuestra piedra angular», manifestó el doctor Bermúdez Batista. «Necesito saber a ciencia cierta si arrastra usted la pesada carga del azar sobre sus delicados hombros, algún hecho traumático, tristemente no resuelto, que le impida avanzar como debiera», añadió mientras desnudaba con los dientes un caramelo cuarteado de menta. «Verá, odio que me coman el tarro y odio comer el tarro, así que le diré todo lo que sé de mí. Eso sí, no me coma el tarro. ¿Puedo fumar?». «No», respondió el doctor como si un mazo de juez golpeara el rostro mismo del sonido. «Usted manda... Mi gato Gorbachov murió atropellado. En realidad quedó renqueante, como Forrest Gump la primera vez que se quitó esas botas de retrasado. Tras el accidente, un par de perros callejeros lo enviaron al reino de los gatos. Schopenhauer ardió en la jaula, aún conservo una de sus plumas. Dejé un cigarrillo en el cenicero. El cenicero estaba al lado del flexo. Fui al baño y supongo que pasó lo que pasó: Gorbachov saltó de su cama al escritorio. Observó el cigarrillo. No pienso fumar en la puta vida, se dijo. Miró a Schopenhauer y debió sentir algo parecido al amor, así que se aferró a la jaula y la jaula aterrizó en el corazón del cenicero, que para entonces, se había hecho

con el poder como Fidel Castro en 1959. Mi prima Vanesa, la Paradise, solía decirme que en la maldita pupila del ladrón de cielos encontraría el paraíso. Se suicidó con veintisiete años al enterarse de que su novio le ponía los cuernos. Murió mientras yo le chupaba la polla a su novio. Mi abuelo paterno se quedó en casa para cuidarme, yo debía de tener ocho o nueve años, me contó un cuento, se estiró sobre el colchón y su corazón dejó de latir. Mi abuela paterna dejó de existir en las postrimerías de la guerra civil. Ella no cuenta. No viví su muerte. La madre de mi madre se ahogó en su propio vómito. La escuché jadear, pero creí que roncaba como los ángeles. Mi abuelo materno se quitó la vida antes de que la Falange diera con su escondite en el monte de la Esperanza». «Según la ficha, reside usted actualmente en La Laguna», interrumpió Batista intentando ordenar cronológicamente los certificados de defunción. «Sí, mi abuelo le dejó el piso a mis viejos y mis viejos a mí y mis viejos ya no están», reveló Eleanor con la voz quebrada, casi apagada, como si hubiera envejecido treinta años de golpe. «Sus viejos, entonces, también se fueron», dijo Batista cariacontecido, buscando algo en una de las gavetas de su escritorio. «Mis viejos fallecieron hace diez años, en mi decimosexto cumpleaños. Yo tenía que esperar en la puerta del instituto, pero me fui a fumar porros con un par de niñatos. Los viejos vinieron a buscarme, pero no aparecí. Cambiaron de ruta. Un borracho circulaba en sentido contrario por la autopista. Mi viejo era un excelente conductor, pero la noche es oscura y la lluvia resbaladiza y los borrachos no mienten y los coches son coches. Sé que no debo culparme, pero lo hago. Me culpo por todo, por haber nacido en el día mundial de los zurdos o por no haberlo hecho durante el día mundial de la marmota celebrada en Punxsutawney, Colorado». «Creo que es suficiente por hoy», interrumpió el doctor prendiendo un pitillo mentolado.

«Tenga. Anote todo lo que considere necesario. Piense que se mira en el espejo. Nunca falla». «¿Un diario? Yo no necesito confesarme. Ya se lo he dicho. No me gusta que me coman el tarro. Por cierto, si lo pillan fumando le meterán un buen puro», dijo Eleanor antes de desaparecer en el pasillo más feo que recordaba.

3

Primero quiso ser bailarina, pero no nos engañemos, sus pies eran como percheros (una leve deformación en el antepié le impedía adoptar con naturalidad la posición *releves*). Abandonó el ballet como se abandonan en la orilla de la imposibilidad los amores de verano. No es necesario flagelarse durante más tiempo del que se necesita para rendirse. Tres semanas después (puede que tres horas después o vaya usted a saber cuándo decidió la muchacha seguir los consejos de un discípulo de Morrison e inscribirse en la Escuela Municipal de Música) tocó sus primeros y últimos acordes. La profesora, una vieja gloria del rock lagunero, le dijo: «La guitarra y tú tenéis que ser una misma cosa... olvídalo. Piensa que la guitarra es la polla de Kent. Ahora, imagina que Kent te presta su guitarrita porque está hasta los cojones de follar con una muñeca y tú le dices que guay o alguna otra gilipollez posmoderna, y deslizas tus dedos por sus controles de tono y volumen, y empiezas a sentir algo que te une a él y al resto del universo». Kent no empalma. Barbie sabe lo vuestro. Barbie se ha cargado a Kent. Stop. «No tienes oído para la música», sentencia la profesora. La *prota* se toca las orejas, hace ademán de arrancárselas para hacer arte, para ser arte. Pero no hace nada, como si Barbie le hubiera robado el alma.

4

A los diecinueve años se matriculó en Geografía e Historia, ganó doce euros en la primitiva y pasó tres noches seguidas viendo *Le llaman Bodhy* (pensó que Keanu Reeves era la clase de tío que puede metértela por el culo sin cagarte en Dios). A los veintitrés se licenció con la segunda mejor nota de la facultad (dicen que Patricia Hernández del Olmo, hija del profesor de Historiografía, Arqueología e Historia de género, negó, rotundamente, haber recibido ayuda alguna de su progenitor, aunque en la fiesta de Beatriz Rosellón, celebrada dos días después de defenderse con excitado aplomo en los pasillos de la universidad, confesó, tras beberse hasta las nubes, haberle chupado el cipote a un par de profesores, eso sí, ninguno tenía la jeta de su padre). «Putas empollonas malfolladas», sentenció. A los veinticuatro tacos hizo las maletas en Tenerife, las deshizo en Johannesburgo y repartió su sombra por media África. Regresó a Tenerife un lustro después con todo lo que una chica debe saber sobre ocultismo. Según las malas lenguas, Eleanor Smith conoció a alguien que conocía a alguien que conocía el secreto de la inmortalidad. Eleanor nunca fue un detector de mentiras andante, pero la gente a veces tiene fe ciega, que para eso la fe es ciega. El tema es que la tía debía camelarse a seis tíos y follárselos

a pelo y extirparles un órgano vital, un órgano sanote y distinto a cada uno de ellos. «Todos tienen que tener treinta y tres años cuando te los tires, de lo contrario, *Nanai de la China*», advirtió Kabeli, una bruja de las de verdad, de esas que se meriendan a los albinos sin miramientos.

5

Suena el timbre. Eleanor escupe, se enjuaga la boca y vuelve a escupir. Se mira en el espejo. Sonríe. Le gusta lo que ve, le gusta gustarse, caerse bien. Sale del baño en dirección a la puerta de entrada del apartamento donde vive desde hace tres años y medio con tres gatos negros llamados: Conan, Heissenberg y Rasputín. Retira el cromado balancín de la mirilla. Pega su ojo derecho y observa, como si contemplara el universo desnuda sobre una nube de algodón, al primer candidato. Es feo, delgaducho, bajito. Extremadamente puntual. Viste un chándal azul marino, zapatillas Diadora color blanco con franjas rojas y lleva en la mano una mochila infantil de Pocoyo. Eleanor abre la puerta. «Pasa», le dice. «Gra-ci-as», responde Claudio Somosierra elevando la ceja izquierda. «Puedes sentarte ahí». Eleanor señala con el dedo índice el sofá *vintage* de cuero negro turmalina que preside el salón. «Gra-ci-as», responde Claudio. A la lista de defectos anteriormente citada, podemos añadir una tartamudez extremadamente puntual. «Bien, te explicaré en qué consiste el tratamiento. Tal y como indica el anuncio de internet, serás una cobaya. Las cobayas suelen morir en los experimentos, ¿lo sabías?» «To-to-do el mundo lo sa-be-be», responde el tartamudo. «Tú serás una cobaya con trescientos cincuenta

pavos de saldo dondequiera que guarden las cobayas su dinero». Ríen. ¿Tartamudean los tartamudos mientras ríen? «Al grano», expresa Eleanor pasándose el bote de crema de mano en mano como uno de esos trileros neoyorquinos que se escupen las manos antes de tocar las cartas o los cubiletes. «No puedes verlos, pero están ahí. Créeme. Hierbas terapéuticas, aceites reciclados y algunos estabilizadores químicos. Es indolora e inocua para salud. ¿El proceso? Tú, te tumbas en la camilla. Yo, te unto la crema por todo el cuerpo, en posición decúbito supino, y veinte minutos después, retiro la crema. Fácil, rápido y sencillo. Luego rellenas un cuestionario, firmas, te pago, tú me das las gracias, yo digo viceversa, nos estrechamos las manos, yo me quedo a este lado de la casa y tú regresas a tu casa. ¿Qué te parece?», pregunta Eleanor colocándose una bata blanca sobre un vestido negro que lleva con ella desde la Movida madrileña. «¿Pue-ee-do puedo ver la pa-pas-ta antes de quitarme la ro-ro-pa?», responde Claudio con una pregunta que en directo tiende al infinito. «¿Puedo ver el carné de identidad?», responde Eleanor con una pregunta que responde al único requisito indispensable para participar en el experimento. Claudio Somosierra introduce su mano derecha en el bolsillo trasero de sus jeans. Saca la cartera. La abre con dificultad. El seísmo de su lengua parece haber propagado el simpático *hula-hoop* a otras *fallas* de su cuerpo. Llega la calma. Saca una fotocopia del DNI que bien podría pasar por un archivo vaticano en el que reza el siguiente epitafio: *Ni siquiera Dios sale bien en un fotomatón*. Eleanor coloca sobre una calavera que hace las veces de lámpara el dinero convenido. Suena el teléfono. Es el móvil de Claudio. «Dis-dis-culpa», dice llevándose la mano al bolsillo de la chaqueta. Al otro lado del teléfono está su hija, tiene nueve años, se llama Clara y como cualquier otra niña de su edad va a al cole cada día con la ilusión de aprender a enamorarse. Clara le

dice a su padre que puede recogerla ya, ahora, en este mismo instante. El padre le dice que qué hace que no está en el aula de kárate practicando kárate y ella alega que el virus de la gripe ha noqueado, tumbado, ridiculizado, al profesor de kárate. Él le dice que la recogerá en media hora, que espere en recepción y meriende o que meriende y luego espere en recepción. «Te quiero, papá». «Te-te-te qui-quiero, Clarita».

6

Claudio Somosierra está tendido boca arriba sobre la camilla. Parece un pringado al que le han metido una paliza con un sartén o algo así. No le quita ojo a la vieja de etnia Tsonga que parece decirle: *Préndete en mis ojos, cabronazo*. El cuadro, garabateado por Eleanor durante su estadía en el poblado de los *Shangaan*, desprende mal rollito. Digamos que es de esa clase de cuadros que existen para que exista el *feng shui.* Siguiendo las directrices de su mentora, Eleanor extiende el ungüento en el cuerpo de la víctima. Éste gira la cabeza hacia la izquierda. Conan y Heissenberg se lamen el uno al otro en un ejercicio de armonía cósmica. Un ligero hormigueo recorre los músculos y articulaciones de Claudio. Se lo hace saber a la chica que esboza una sonrisa similar a la sonrisa del retrato que levita en la pared. Suena el teléfono. La melodía retrotrae a Claudio a sus años de adolescente verbenero. Hace ademán de cogerlo, pero no es el *Hombre Elástico* y se conforma con mirarlo. El teléfono deja de sonar. El ungüento (una mezcla de toxinas vegetales que los antiguos cazadores de Sudáfrica, todos ellos muy delgados y muy manitas, colocaban en las puntas de sus flechas para anestesiar a las presas más escurridizas) ha completado con éxito su proceso. Claudio está paralizado desde los

pies hasta el cuello. Su pulso aumenta, su rostro, de una fealdad a prueba de cremas, muta. Claudio comienza a chillar. No sé si has oído alguna vez chillar a un tartamudo, en caso negativo puedo comunicarte que es absolutamente escalofriante. Eleanor le dice que se calle de una jodida vez o le meterá la cola de Rasputín por la boca y le saldrá por el culo. Eleanor no encuentra a Rasputín por ningún lado. Utiliza esparadrapo para cocinar a fuego lento el silencio. Eleanor se desnuda. Se sube a la camilla como si *Autopista hacia el cielo* no fuera una serie de televisión. Suenan las alarmas metafóricas de todas las historias. Claudio no se empalma. Eleanor pone en la TV una peli porno. Gira la camilla ciento ochenta grados. Al cabo de cinco minutos el pene de Claudio Somosierra se despereza, la sangre fluye constante. Finalmente, el coño de Eleanor y la polla de Claudio se presentan. Se caen bien. Él se corre. Ella le tapa la cabeza con una bolsa de plástico del Carrefour. A golpe de clítoris, Eleanor cercena la cabeza de Claudio. Los gatos se relamen, saltan sobre la ciénaga púrpura, maúllan y esparcen las huellas de la muerte por toda la casa. El sol huye. Eleanor enfila el pasillo en busca de una guadaña que cree haber guardado en la despensa. Observa la cabeza del muerto. De ninguna manera utilizaré el cerebro de un tartamudo, seguro que produce interferencias, se dice. Respira hondo. «*Bye, bye, Lords lungs*».

7

Eleanor atropella con su Vespa Primavera del 76 a un gilipollas enmascarado. El gilipollas enmascarado le dice que no ha sido nada y que es la tía más buena con la que se ha cruzado en los últimos años. Eleanor le pregunta la edad. El tipo responde una gilipollez. Entran en el portón de un edificio. El gilipollas camina como un cojo de Vietnam. Un soldado que ya no está en Vietnam pero que se retuerce al andar como si aún sorteara minas. Se meten mano en el portón. Suben las escaleras hasta el ático. Entran. ¿Dónde entran? Si aplicamos la cursilería como método descriptivo, hablaríamos de que los dos individuos entran el uno en el otro, dos cuerpos en un solo cuerpo, pero nuestra descripción seguiría siendo demasiado imprecisa, así que continuaríamos con algo tal que así: los dos individuos atraviesan la puerta de un edificio levantado en 1889 siguiendo la estela que las mariposas rosa hortera y las estrellas carmesí dejan tras de sí. Si nuestra opción es narrar lo acontecido en el ático de un edificio levantado a finales del siglo XIX haciendo uso de las nuevas vanguardias literarias, pecaríamos de portadores de aluminosis, pues a un ático erigido en 1889 le dolería en el alma verse retratado en la pantalla de un móvil de un muchacho de una generación esclava de la inmediatez y saberse bo-

rrado en un clic de todo cuanto es. Se desnudan. Salvo las máscaras, nada queda de ellos que no pueda verse como la genética del azar los trajo al mundo. Él piensa que hacerlo en el ascensor habría sido la leche. Ella piensa que a veces es mejor no pensar, ya sabes, ese rollo de pulsar el botón y dejarse llevar. «¿Qué es ese ruido?», pregunta ella extrayendo de su sexo la polla del tipo que huele a marciano. «Nada, ¡joder!, sigue dándole», rumia él. «Ni de coña, capullo, ese ruido viene de tu piso. ¿Estamos solos?», escupe ella. «Es mi perra, una cría que se pasa el día imaginando gatos», ladra él. «Adoro los perros», dice ella moviendo su lengua como el tembloroso rabo de Laika al contemplar su hueso de juguete suspendido en el aire. «Llevo viviendo en este edificio casi tres años y nunca te vi, no te parece maravilloso», dice ella. «Me parece terrible», dice él.

8

Tiene cara de palurdo, cuerpo de felpudo y pelotas de eunuco. Hace preguntas, muchas preguntas. Eleanor contesta lo que le sale del coño. El mentecato de *dreadlocks* anaranjados afirma que se gastará la pasta en un invernadero de la hostia; de proporciones bíblicas, añade. A Eleanor le viene a la cabeza la primera vez que fumó hierba. Las palabras vómito, flipar y fatal, se mezclan caóticamente, como un helicóptero Apache perseguido por hordas de *sioux* pilotando naves extraterrestres armadas con toda clase de cachivaches intergalácticos. El hippie sigue dándole a la lengua. Es uno de esos tíos que muere por la boca. Eleanor prepara todo lo que tiene que preparar para que el jodido hippie muera por la boca de una puñetera vez. El hippie le cuenta que vive con unos colegas *de gratis* en una casa abandonada. Por las noches, desde cualquier rincón de la casa, puede verse un cielo preñado de *Hiroshimas*. No servirá de mucho conocer los detalles de la casa porque no la volveremos a ver. Eleanor reflexiona. Teniendo en cuenta los antecedentes explosivos del hippie, se plantea, seriamente, alterar el plan de trabajo. Unos pulmones calcinados podrían convertir la pócima de la inmortalidad en un veneno mortal. La incertidumbre la pone de los nervios. Recuerda que no necesita los pulmones. Necesita silencio. Se lo hace saber al hippie, que no deja de preguntar cosas que no llegará jamás a conocer.

Se permite un suspiro, algo así como un *Dios mío* en boca del diablo. El potingue se filtra por sus poros. No para de reír. Tiene cosquillas allí donde la piel cubre los huesos desde que el hombre es hombre. Eleanor le guiña el ojo a Kabeli. El hippie pregunta quién es la pava del cuadro. «Tiene pinta de fumar peyote», agrega. Eleanor responde: «*No comment*». Un segundo contratiempo se cierne sobre, entre, bajo, la sala de autopsias. El hippie parece inmune a la toxina. Sus piernas, que comparten con los dedos de manos y pies, mugre, vello y una exigua elasticidad, levitan a ras de camilla con la sincronicidad de una bandada de estorninos. El hippie le dice que una vez mató a un hombre con sus propias manos. «Entonces vivía en Edimburgo y trabajaba a las afueras de Edimburgo como guarda forestal en un bosque de la hostia. El puto cazador mató a más estorninos de los que pude contar. Lo enterré junto con los estorninos. Murmurations, murmurations...». Eleanor sonríe. Piensa en la autodestrucción. Vagos delirios de poeta constreñida acuden en su ayuda. «¡Tricloruro de metilo para este hijo de puta!», exclama en plan soliloquio, derramando sobre un sujetador rosa unas gotas de cloroformo. Acerca el sujetador a la nariz del hippie. El hippie se empalma. «¡Joder!», exclama Eleanor. «¡Joder!», clama el hippie a todos los dioses del distrito Haight-Ashbury. Un, dos, tres... Espera. Cuatro, cinco... Hecho. El hippie es ahora una hermanita de la caridad haciendo *la cucaracha* en una trinchera donde pululan como moscas los soldados que se saben muertos antes de partir. «Somos soldados esperando un disparo que nos lleve al otro lado. Eso sí, que no nos duela. ¡Por favor, que no nos duela!», alega el hippie. Eleanor no es cirujana ni carnicera, es una enfermera soldado, mas la carne es blanda y el bisturí que blande en su mano izquierda es capaz de cortar las estrellas y devolverlas, pedazo a pedazo, a su rincón de la galaxia. El hígado del hippie, en estos momentos, habita en un gran tarro de mermelada de frambuesa.

9

Chino. Lleva el pelo largo, liso, muy liso. Un exuberante bigote francés, negro como el hollín, atempera un rostro de hechura mafiosa. Toca el timbre con insistencia. Ella, la mujer que sueña con la inmortalidad, se ha quedado dormida en el sofá y sueña que su sueño está a esto (la distancia que media entre dos párpados) de impregnar cada célula de su cuerpo. La distancia entre sus párpados inferiores y superiores vuelve a rondar los dos centímetros. Quiere cambiar el jodido timbre. No sabe cómo hacerlo, por eso sigue sonando como si leyéramos *¿Por quién doblan las campanas?* en una discoteca de Ibiza. Despierta. Erguida sobre sus dos piernas se balancea en busca de sus zapatillas de *Pulp Fiction*. No las encuentra. Descalza, camina o se desliza hacia la puerta. Mira por la mirilla. Los ojos del tercer candidato le dan ganas de bostezar. Bosteza. Pregunta quién es. Al otro lado de la puerta el chino responde en chino, es decir, pronuncia su nombre como lo dijo su padre y el padre de su padre en las postrimerías de la primera luna del año del Dragón de Fuego de 1977. Eleanor Smith gira la puerta a cámara lenta, observa la mano derecha del primogénito de la familia Xuan. Opina que nadie debería nacer con unas manos vulgares. Eleanor apaga el canuto de hierba. Taijian eleva su muñeca iz-

quierda. Eleanor enciende el canuto de hierba. Taijian muestra el *anuncio* a la amalgama de carne, algodón y humo que tiene frente a sí. Eleanor le dice que entre, no como si fuera su casa, pero sí como si estuviese en un bar tomando cañas. Taijian anda despacio, como si el alma pesara más de 21 gramos, gira la testa a ambos lados, con una curvatura de media luna, primero a la derecha y luego a la izquierda. Entra. Se queda de pie, absorto, examinando una cúpula de nieve del Kremlin. La coge con una de sus manos vulgares. La agita. Echa de menos cualquier tiempo mejor. Eleanor va a la cocina. Coge una manzana y un cuchillo. Regresa al salón. Se sienta en el sofá y, lentamente, le arrebata el alma a la manzana. El tiempo sigue jugando su partida. Eleanor es consciente de que Taijian no habla una mierda de español y, Taijian, inconscientemente, fija sus diminutas pupilas, casi canicas, en un jarrón con ilustraciones chinas. Eleanor le comenta que es una reproducción de una vasija de la cuarta Dinastía Chen. Añade que no es gran cosa, que no vale más que un cartón de cigarrillos, pero que le tiene cariño, cariñito, para ser precisos. Taijian asiente y siente que tiene que hacer lo que ha venido a hacer. Se abalanza sobre Eleanor. Forcejean. Taijian la tira al suelo y Eleanor le muerde el dedo índice de la mano izquierda. Piensa que nadie debería morder unos dedos vulgares, es demasiado poético. Plano cenital: Eleanor está en posición fetal, como si lamiera el suelo, con la boca ensangrentada y el tímpano derecho reventado. Menta a todos los chinos que conoce. Menciona a Bruce Lee y se arrepiente. El reloj finge no estar, pero está y prosigue su curso con normalidad. Taijian ha desvalijado la casa. El reloj es media hora más viejo. Taijian hace las maletas, dos, para ser tan exactos como el minutero. Agarra a Eleanor por la espalda. La levanta del suelo, la empuja hacia el sofá. Dice alguna majadería y coge de la barra americana una botella de

whisky escocés. Se echa un par de tragos. Parece un oso hormiguero depresivo. En la mente de Eleanor podemos leer: ¡Chas! Hagamos memoria. Quitémosle al reloj un par de canas. Eleanor comiendo una manzana. En efecto, ha encontrado un cuchillo en el hueco intermedio del sofá. Devolvámosle al reloj su naturaleza neutral. Eleanor corta la cuerda que oprime sus muñecas. Taijian cierra la segunda maleta con más fuerza que maña. Luego, piensa Eleanor, me follaré tu micropene hasta que chapotee fuegos artificiales. Eso será después. Por lo pronto, fijémonos en la espalda de Taijian. Nunca le des la espalda a tu enemigo, aunque hayas nacido en el mismo pueblo de Bruce Lee. Eleanor toma entre sus manos nada vulgares el jarrón de la última Dinastía del sur de China. ¡Chas! Taijian ha caído. El jarrón ha caído. Las cenizas alquitranadas de los padres de Eleanor recubren la escena. Eleanor limpia la casa como si le fuera la vida en ello.

10

Mezclar hierba con ansiolíticos no está bien. A veces está bien y a veces te deja subnormal. Nuestra asesina no puede sacarse de la cabeza a Taijian. Está inquieta, manifiesta signos de disgregación mística, una desunión al uso que podemos abreviar escribiendo, por ejemplo, que la muchacha anda sin sombra por la casa o que la sombra de los objetos que dan vida a su morada es tan conocida por sus sentidos y por sus automatismos sin sentido que ya forma parte del mobiliario palpable. A decir verdad, lo que perturba a Eleanor es el tamaño de la cabeza de Taijian. No hay sitio en la nevera. No hay lugar en ningún lugar. Situemos las palabras sucesivas sobre los hombros del relato: la testa de Taijian se niega a aceptar la disgregación de la que hablamos, si es que tal relación pueda darse en situaciones de absoluta irrealidad. Corramos las cortinas y contemplemos el mayor espectáculo del mundo, piensa Taijian o lo más parecido a Taijian que podamos imaginar. Pasar la eternidad junto a una planta con más espinas que flores no le resulta del todo punzante, más, si cabe, cuando la planta se encuentra a *nada* de una ventana que recibe más luz que oscuridad. Duerme al raso, observando un poste telefónico, un árbol de hojas lanceoladas, una estrella que se parece al resto de estrellas que la acompañan en

el gran teatro de la lejanía, dos farolas que no se dicen cuánto se desean porque no tienen boca, un camión abandonado color óxido primavera, tres contenedores de basura y un conjunto de *entes* desconocidos (¿Las ruedas del camión óxido primavera? ¿Tres alegres gatos que semejan un solo y apenado tigre? ¿Un corredor de fondo? ¿Un fondo a veces negro y otras veces secuestrado en el fondo de unos ojos carentes de poesía?). Eleanor se toma un café doble, sin azúcar. Unta mantequilla holandesa y mermelada de frambuesa en dos tostadas sin corteza. Enciende un pitillo. Calada y bocado se alían en una especie de pacto de coágulos de serie B. Se asoma a la ventana. Llueve. En un acto reflejo, cubre la cabeza de Taijian con un paño de cocina. La gripe, esgrime, no es del gusto de nadie, ni siquiera para un tipo que no puede sonarse. Engullido el desayuno, prepara el baño. Llena la bañera a unos veintinueve grados centígrados. Enciende cuatro velas. Una en cada esquina de la bañera. Sumerge su cuerpo a la altura de los hombros. Ha vertido en el agua esencias de jazmín, rosa y algo que por más que estiremos las córneas y dilatemos y limpiemos los orificios nasales jamás podremos identificar con un margen de error inferior al ochenta por ciento. Se recrea imaginando el color del agua cuando hayan pasado sesenta años y su clítoris siga tan rosáceo como un pétalo, tan excitable como una burbuja, tan endemoniadamente limpio que la Santa Inquisición renazca en cualquier garito lagunero con objeto de explorar los límites de la pureza. El teléfono cabriolea sobre la tarima del lavabo.

11

Dicen que hacer el amor es como nacer y morir. No, dicen que follar es como nacer y morir. Cuando uno hace el amor hay deshielo. Cuando alguien folla con alguien la materia y la antimateria se sobrevuelan, se sobrecogen. Eleanor avecina su ojo a la mirilla como si hiciera el amor con las pupilas. El vendedor de enciclopedias estruja con la suela de su zapato un cigarrillo liado. Levanta la alfombra con la punta de su otro horrible zapato de vendedor de humo. Se pone de cuclillas y sopla. La colilla vuela. Apenas unos milímetros, pero vuela. ¿Quién demonios hace una cosa así? Matarse a caladas. Matar una colilla con unos aterradores mocasines del color de sus pulmones. Y luego, soplar y soplar hasta verla desaparecer entre la turba de ácaros y cartas de amor del esquizofrénico del ático. La respuesta probablemente se halle en las callosidades que generosamente dibujan ferósticas constelaciones en los vértices del pie. Eleanor abre la puerta. La ventana está abierta. La corriente de aire une sus miradas pero no las palabras que ambos pronunciarán de un momento a otro. Ahora. Él le dice que viene por el anuncio. Ella le dice que se ha demorado lo suficiente para darle portazo, y añade, significando su extremado amor a la limpieza, que estaba a punto de fregar el rellano y el fondo del pasillo,

incluida la alfombra y las vísceras de ésta. El vendedor de enciclopedias deposita una maleta repleta de libros de cocina en una mesa de cristal ovalada de dos piezas con ruedas de plástico. Eleanor observa la maniobra con rostro de apetito voraz. Él no pierde el tiempo y saca de su andrajosa maleta uno de los libros (es evidente que ha interpretado el empapelado y arrugado semblante de Eleanor como tres o seis señales del ansia humana por albergar en sus adentros todo el conocimiento gastronómico del mundo conocido). *Los manjares de Polinesia*. Doscientas veintinueve páginas, trescientas doce fotografías y mil palabras por banda (contadas a ojo de pirata con mal de amores y mares) para sentarse a comer con la asquerosa muerte. El vendedor de enciclopedias siente un agudo dolor de cabeza. Dice que alguien llama a su puerta. Se refiere a su cabeza. Se tapa los oídos. Abre y cierra los ojos como un enamorado contemplando a su prometida y a su mejor amigo fornicando como mandriles, y aquélla, madre del amor hermoso, grita, grita muy alto, y el cornudo también grita, hacia dentro, como un volcán olvidado en el fondo del mar. De súbito, el vendedor de enciclopedias se desploma frente a Eleanor. Cuentan que sobrevivió. Lo que no cuentan está claro que no cuenta. Dicen que Dios nos deja elegir entre la imaginación y la eternidad. ¿Quién lo dice?

12

Eleanor se ha colado en la mente del vendedor de enciclopedias. Un breve paréntesis. El sonido de un electrocardiograma. Luego, el campaneo de una campana o puede que el tintineo de una caja registradora. Al silencio marginal le precede un machete en movimiento que divide en dos la cabeza de un necio, aullidos, el pisotón del blanco sobre el negro en *American History X*, desembarco en Normandía, la paloma que se evapora en el motor de un Boeing *siete lo que sea*, Nacho Vegas tirándose una raya en el ojete de Bosé, suspira Bosé un pedo labial. Suena el móvil de Nacho, pero no es el celular de Nacho Vegas sino de Nacho Contreras, jefe de marketing del vendedor de enciclopedias. Eleanor silencia el móvil.

13

«¿Riñones o cojones?», le pregunta Eleanor a un tipo normal y corriente. La mano izquierda apretando con alegría desmedida unos tristes testículos. La diestra, embellecida con un bisturí que no es de plata de ley pero que brilla como un aro de latón en el pezón más lindo del planeta. Cómo llegó Eleanor a construir una pregunta de pasillo de urgencias o de sala de fiesta, es un misterio. Supongamos que le va la marcha como a cualquier asesina que se folla a sus víctimas antes de destriparlas, supongamos que ha leído a Bukowski recientemente y no hay manera de sacárselo de la mente, ni bebiendo alcohol ni leyendo *La máquina de follar* con ganas de chingar a lo bestia. Al hombre que quería ser astronauta y se conformó con barrer las calles con un casco de bicicleta le toca los cojones estar empalmado con el culo pegado a una camilla más fría que la muerte, rígido de pies a pestañas como un armario empotrado en una mazmorra búlgara, viendo una peli porno deprimente sin sonido en la que dos gordas de color se chupan hasta los ojos. «Tengo familia, dos nenes preciosos y una mujer que no es perfecta pero lo parece. Saldré de aquí y no diré ni *mu*. Si alguien me pregunta si te he visto alguna vez, diré que nunca te he visto. Por favor, por favor; por favor...», lloriquea el tipo normal y corriente. Eleanor

abofetea al tipo que llora como cualquier ciudadano del mundo, y alega que nunca ha escuchado tamaña estupidez. La secuencia es deprimente. Ella es una mujer armada hasta los dientes y él un hombre con dientes de leche. Definitivamente, sus dientes resplandecientes no lo salvarán.

14

Eleanor Smith no soporta a la gente que escribe cartas de despedida. Son un coñazo. La gente y las cartas, proclama. Todas esas palabras que parecen mentirse a la cara y sobrevivir al tiempo encerradas en baúles o corazones. Ahora que lo piensa, ya nadie escribe cartas, mucho menos, cartas de despedida selladas con pintalabios rojo pústula y un inconfundible saborcillo a Trankimazin mezclado con cerveza. Hela aquí, acunada en su sillón de Ikea, liándose un cigarrillo, escribiendo una carta, encendiendo el cigarrillo. Inhala, exhala. Incendia el primer boceto con la punta del cigarrillo y arroja la primera sarta de mentiras a la chimenea. A los tres segundos se da cuenta de que la chimenea es eléctrica y que la llama es sencillamente un foco bidireccional y unos cuantos vinilos para tener contentos a los frioleros patológicos. Como un espejismo del infierno versión guay o versión gay. Sopla, resopla, esta vez porque una mujer no puede vivir mucho tiempo sin respirar, menos aún, cuando el humo y ella se han convertido en una misma cosa. Llega el momento de escribir la carta. Imagina que estás sobrevolando el Pacífico y se detiene un motor, dos motores, y la azafata confiesa que los chalecos salvavidas no salvarían ni a Christopher Lambert. «Querido Salvatore, te preguntarás qué hago es-

cribiendo esta carta. Pensé que no tendría la decencia ni la buena letra que toda carta merece y también pensé prenderle fuego. Pero ni tengo fe en los pensamientos que se guardan en el corazón ni tengo chimenea. Estoy pensando comprarme una como la tuya, así, supertocha en el salón, pero ando floja de perras. A lo que vamos. Follar contigo ha sido genial. No eres feo pero tampoco guapo, cómo explicarlo; ah, sí, no eres el hombre que ando buscando, y, desgraciadamente, no tienes la verga del padre Teodoro. Seguramente no sepas quién es, baste decir que lo expulsaron de la iglesia por tener la polla muy grande y salpicar como nadie, no como salpicaban todos sus compañeros de seminario, sino como todo hijo de dios cuando lo abandonas a su suerte dentro de un cuartucho, y abres la veda del pecado, apenas una rejilla del tamaño de una jaula de canario, donde alguna que otra señora revela sus encuentros extramatrimoniales con más detalle de los que cualquier hombre *semicapado* pueda soportar. Por otro lado, no puede decirse que tengamos nada en común. A ti te gusta lo que a mí no me gusta. Ese es el resumen perfecto. Sí, lo sé, tenemos la nada en común, pero las cosas comunes me aburren a morir, y yo no quiero morir. Puedes escribirme por carta, pero no me llames. No tengo Facebook ni Tuenti ni leches en vinagre. Suerte con tus libros. Me leí *Canción triste de radiocasete*. La verdad es que es bastante triste, casi tanto como rebobinar una cinta de radiocasete vacía. Besos».

15

Dicen que la gente simpática tortura mejor que el resto de la gente. También dicen que si conoces a alguien y te enamoras al primer escaneo, eres gilipollas. Un gilipollas romántico o un gilipollas con suerte (si la otra persona es igual de gilipollas que tú), pero un gilipollas, al fin y al cabo. Dicen toda clase de majaderías, pero cuando resulta que varios experimentos (tan serios que nadie sonríe tres horas antes ni tres horas después de su realización) convergen en un mismo resultado a ambos lados del planeta, merece que mostremos nuestra mejor cara a la hora de enjuiciar su valor, es decir, hemos de ser simpáticos. Nada de torturar al prójimo con sonrisas de telefilme. Evitaremos la palabra torturador y enviaremos postales a desconocidos de Alburquerque, Minnesota, Nueva Delhi o Singapur. También enviaremos pasteles de manzana. A todo el mundo le gustan las manzanas, y si no le gustan las manzanas, le gustan los pasteles. La siguiente víctima de Eleanor es como una de esas ratas de laboratorio que nacen con seis patas cuando deberían haber nacido con ocho. Qué tienes 36 primaveras pero te hace falta la pasta, mala suerte. Haber estudiado o haberte enrollado con la hija de Berlusconi. Morir es una putada y morir por error es una putada para morirse de risa. Jorge Llamazares Badajoz nació una tarde de agosto en un barrio de Córdoba sin saber que un día agonizaría en los brazos de una

desconocida con el acento más lindo que nunca escuchó. Es cordobés pero no conoce Córdoba, a mucha gente le pasa; nacer en un lugar que no reconocen y sentirse la mar de perdidos. Como jugar a la güija y que el vaso se mueva de verdad. Acojonante. Sus padres murieron apuñalados en un atraco, dicen que antes de morder el polvo se tambaleaban como dos perros envenenados. Los abuelos maternos, residentes en Tenerife desde 1969, lo recogieron un día en el aeropuerto, lo bendijeron ese día y esa noche, lo criaron ese mismo día y otros días diferentes con sus respectivos ocasos. Un día el abuelo le preguntó si creía en Dios y él se encogió de hombros. Otro día, puede que a la mañana siguiente, la abuela lo matriculó en un colegio de monjas. Miles de días después, la abuela repitió la pregunta y Jorge Llamazares contestó que Dios era sólo una palabra. A la mañana siguiente, el abuelo lo metió de cabeza en un instituto de curas. Tuvo una infancia triste, una adolescencia triste y una madurez tristísima. Conoció el amor, pero el amor no es inolvidable; inolvidable es el hambre. ¿Era gafe? Podríamos afirmar con rotundidad que no. Ganó dos veces la quiniela (una de 14 y otra de 15). Aunque también podríamos afirmar, sin temor a equivocarnos, que las treinta y siete putas que se folló desde el 4 de febrero de 2003 al 21 de octubre de 2008 (con Rosa Ballesteros, Raquel Villalobos, Luz González y Reinalda Bocanegra sufrió veintisiete calambres y trece *Nagasakis*) lo desperraron como a cualquier niñato con pasta que apenas aguanta un par de pajas con los pies. Ray Loriga escribió en una de sus novelas que las chicas feas la chupan mejor que las chicas guapas. Loriga me cae bien, pero las chicas feas siguen siendo feas de pie o de cuclillas o sentadas en el asiento de un ovni. En las tragaperras perdió y ganó. Cualquier ludópata sabe que el tiempo es relativo y que el alcohol emborracha y que la derrota te derrota por más que bebas con relativa frecuencia. Por eso la ludopatía es una enfermedad y no una vitamina para la resaca.

16

Eleanor ha bajado a la planta 0. Le dice buenos días o buenas tardes al portero. El tipo con las uñas más largas que ha visto últimamente no contesta. Se balancea en su sillón como un elefante en una tela de araña. Eleanor se acerca. El portero parece un fiambre. Vuelve a mirarle las uñas. ¡Dios santo, parecen quitanieves!, se dice. Le da unas palmaditas en la cara. No despierta. Le hace el boca a boca. En realidad, sólo un beso de primaria que sabe a Viagra con cerveza. El portero sonríe y dice: «Gracias a Dios que existes». Eleanor le entrega una carta y le dice que ni una palabra del beso. Ríen. Eleanor sube en el ascensor. No se topa con ningún vecino (es lo habitual en un edificio de renta antigua donde los vampiros son señoras y señores en bata). Observa a don Gracián. Imagina lo triste que debe ser estar enamorado de un muerto.

17

Jorge Llamazares Badajoz trabajó de carnicero en una carnicería de barrio y en una gran superficie de ciudad, de hamaquero en tres hoteles, de mula de carga en una granja, de fontanero, de vigilante de seguridad en un orfanato, de peón en la *constru*, de auxiliar de enfermería, de auxiliar de limpieza, de friegaplatos, de extra en una serie de televisión inédita hasta hoy, de profesor de ping-pong, de presidente de una asociación de extras de cine especializados en hacer el indio, de repartidor de periódicos gratuitos y catálogos de lencería, de socorrista, de cliente misterioso, de diseñador gráfico, de jardinero y de chico de los recados. En ningún curro destacó por su simpatía, cuentan incluso que su novia era un muñeco hinchable, una prostituta romana de tiempos de Poncio Pilato. Eleanor supo desde el primer momento que el tipo con cara de fiambre era uno de esos zombis cabreados con el mundo, de esos maricas resentidos que odian no tener tetas o que detestan ser maricas. El rostro de Jorge Llamazares Badajoz, háganse una idea, semeja un pezón de tía cubierto de vello. Volvamos al muerto. ¿Por qué está muerto? Mintió. Todos lo hacemos a diario, es verdad, la mentira no es un buen motivo para que te conviertan en una croqueta, pero si eres el idiota de la clase, te jodes y

punto. Lo cierto es que Jorge dijo: «Tengo 33 tacos». Y la máquina de la verdad, muy en su papel de estirada que te cagas, dijo: «¡Gilipollas, de eso hace ya tres años y medio!». La sexta víctima, el ingrediente definitivo, la bacteria que te salva de otra bacteria, el amanecer de todos los amaneceres, el poema que escribió Marlowe en los ojos de Shakespeare. Todo a la mierda. La inmortalidad tendrá que esperar un poco más. Antes de palmar, Jorge confesó que había amado hasta las jodidas amígdalas a su primo hermano, de nombre Gabriel. Nunca se lo dijo, así que le suplicó a Eleanor que le hiciera el favor de entregarle a Gabriel las doscientas cartas que guardaba en la maleta del coche, junto a la rueda de repuesto. «¿Por qué no se lo dijiste nunca, tarado?», preguntó Eleanor haciendo el papel de poli buena (como si se hubiera cargado a Gillian Anderson para interpretar a Dana Scully el resto de su vida). «No soportaba la idea de que me rechazara. De haberlo hecho, me habría colgado de un pino o de un semáforo. Seguramente de un puente», pronosticó Gabriel. «Qué historia tan triste», le dice Eleanor, sopesando la idea de concederle la libertad, pero la libertad es como darle a un ciego un bastón de papel. Gabriel ha visto demasiado y todo el mundo sabe que el hombre está hecho de historias. Eleanor piensa en el careto de su majestad Fernando VII. ¡Qué tío más feo!

18

El doctor Bermúdez Batista abre al azar unas páginas del diario de Eleanor como un astronauta que observa la Tierra desde el espacio y no la reconoce. Día B: «Bermúdez. El muy cabrón me pone, no sé por qué». Día E: «Cargarte a alguien es estimulante. Después del primer cadáver, una se siente en paz con la muerte, como si de repente ya no le debieras una mierda y fueras luz en la noche más oscura». Día M: «Nunca estuve tan lejos de mí... Balanza, danza (entre el bien y el mal y el vacío fatal que le queda a una cuando no sabe muy bien qué es el bien y qué es el mal), liturgia (aséptica y excéntrica), paz (*Guerra y paz*), vida y muerte (paso, puente o acantilado entre ciénagas de suerte)». Día Q: «No quiero vivir y no puedo morir. Ahora entiendo a los perdedores. Todo se resume a esa película, cómo se llama... *El lado oscuro del corazón*. Si la única inmortalidad posible es la descendencia o la poesía, ¡escribiré poemas con el coño!». Día Z: «Ya sé por qué me pone el doctor Bermúdez, es una mezcla entre E.T. y Kurt Russell».

Parte III

Salvatore

1

Aborrece Halloween casi tanto como trabajar de camarero en un garito del cuadrilátero, sito en San Cristóbal de La Laguna, la noche de Halloween. También odia las propinas que sus tres novelas publicadas hasta la fecha (*Yo amé a Cleopatra y a sus siete sirvientas*, *Apaga y veámonos*, y *Canción triste de radiocasete*) le reportan cada trimestre. Ama la literatura como Nabokov las bragas de Lolita, pero le jode un huevo no vender un carajo. No comerse un colín en el mercado editorial supone leerse a uno mismo, que es lo mismo que escribir para nadie o hacerse un harakiri con un chaleco antibalas cosido a tu panza. Vive solo, en la Plaza Fray Albino, frente a la Catedral de *La Ciudad de los Adelantados*. Un ático alquilado a la familia Salvia, propietarios del edificio Luna desde 1911. Trabaja de noche y escribe de día. No le gusta hablar de sí mismo (ha firmado un contrato de confidencialidad con el autor de esta novela que blinda su anonimato). Para contrarrestar la falta de tacto que el Sr. Curtis ha tenido para con el lector, prometo describirlo con la más resplandeciente de las lupas, con el más afilado de los escarpelos. Entre ceja derecha y hoyuelo derecho luce una cicatriz bastante asquerosa, imagina que algún cabronazo estira un

chicle y te lo pega en el careto cuando naces y no te lo quitas hasta que te fumas el primer pitillo. Lleva el pelo corto, cortísimo, ojos azul cielo tormenta, labios carnosos, como un cerdo partido por la mitad, mejillas hundidas, frente corriente y cejas *Yellowstone*. Ciento setenta y nueve centímetros, setenta y ocho kilos, cuarenta y tres de pie (cuando se corre calza un número más, dice que se pone de puntillas como si tocara el cielo o algo así). No es hombre de sonrisa cautivadora, apenas sonríe, digamos que el Sr. Curtis opina que la vida es un chiste al que hay que reírle las gracias justas. Separado de su media mitad por una de esas peleas que siempre le llegan a uno demasiado pronto, el colmillo izquierdo le da un aire de vampiro neoyorquino. Los dedos de sus manos son delgados y, regordetes, los dedos de sus pies. Ceñida a su oreja del oeste cuando escucha Arcade Fire, Elvis o Simply Red, resplandece, no como una nave interestelar explotando en mitad de Orión, pero sí como una onza de plata, el único objeto que conserva de su primer atraco en una joyería de Garachico, Tenerife. El pendiente, elaborado por una orfebre chilena que murió en las minas de Chañarcillo, Atacama, platicando con un ángel en el momento del derrumbe, estaba destinado a vivir alegremente en la oreja de Edelmira (la primera chica que le hizo tilín a Salvatore por debajo de la mesa), pero Edelmira creía que los novios habrían de ser, si no guapos, efectivamente normales, y le dijo a Salvatore que sintiéndolo mucho, sentía muy poco por él. Amigos, eso sí, sentenció con una pereza que le daba a uno (por lejos que estuviera del escenario) ganas de arrancarse las venas. Cuenta la leyenda que Salvatore le dijo a Edelmira que se fuera a freír chuchangas y que algún día se arrepentiría de haber tomado una decisión inmadura, precipitada y errónea. Edelmira le dijo que estaría bien despedirse con un beso, un beso de amiguitos para siempre. Salvatore, dicen, habló de baños: «Conozco retretes que huelen mejor que tu boca».

2

Si hubiera nacido en Colombia ya estaría muerto, le dice el tío que mira al espejo, al tío que está frente al espejo. El tipo que está frente al espejo se limpia la sangre que brota a cuentagotas del orificio derecho de su nariz. Ahora, sangra por los dos orificios como una de esas ratas que abandonan las alcantarillas para escalar socialmente y terminan en un apartamento habitado por un parado de larga duración y una serpiente pitón llamada Hipopótamo. El tipo que plantea el soliloquio como alternativa a la soledad de los yonquis, se percata de la existencia de sangre mezclada con perfume y alquitrán en la camisa de su colega espacio-temporal, así que no duda en comunicárselo. El tipo del espejo se hace el loco, gesto que le honra teniendo en cuenta que la sangre no es suya. El smoking negro, los tirantes irlandeses de confección italiana, la camisa blanca tono *sangre fondo alquitrán*, con botones beige y cuello *ópera*, las zapatillas blancas Adidas y la máscara de Rimbaud parecen contentar al jefe, que da por bueno el disfraz elegido por nuestro protagonista para la noche de los muertos. A Salvatore no le gustan los jefes, suelen ser aburridos, déspotas, imbéciles. No hay cabida para ellos en este interludio de vísceras, besos y muerte. Quizá sí... Acodado en la barra, frente a la máquina registradora,

Salvatore reflexiona sobre la temática de su próxima novela. También piensa atracar a su jefe un día de estos, pero volver a las andadas le genera ansiedad, y la ansiedad, urticaria, así que retoma la reflexión sobre su próxima novela. A decir verdad, recapacita, nadie se roba a sí mismo, y aunque Salvatore no cuenta sus cosas a nadie, todo el mundo sabe que el bar pertenece al tipo raro que se sienta cada noche frente a la caja registradora. Lleva doce meses sin escribir. Siempre que concluye un libro precisa un tiempo de reposo. Un tiempo para desconectar de la ficción o tirarlo todo a la basura. Aprovecha que no hay nadie en la barra para tirar la basura. Le gustaría profundizar en las relaciones bisexuales, pero no está seguro. Hablar de algo que no ha probado le provoca ciertas reticencias. Sí, conoce a gente que ha tenido experiencias para escribir del tirón cien folletines, por ejemplo, Guadalupe Sierra, una mexicana de mundo nacida en una esquina de México D.F. que conoció en el 97 en el aseo masculino del aeropuerto de los Rodeos, o la azafata de primera clase Priscila Monegros, la chica que volaba con los ojos cerrados y sabía por boca de un gurú hawaiano cómo sobrevivir a un accidente aéreo con tiritas y agua oxigenada. Ahora le viene a la memoria cómo pronunciaba *Pinga de tu madre* Guadalupe Sierra, aún se le ponen los pelos de gallina. Luego está la investigación pura y dura, sin ambages. Un par de semanas navegando en la red, como uno de esos *japos* que se masturban con guantes de látex y se conforman con ver la luz del sol grabada en la bandera patria, bastaría. Al *bastaría* añadiríamos visitas concertadas a bares de ambiente o entrevistas *face to face* con toda clase de pervertidos. Baraja otras ideas, por ejemplo, historias que sospecha contrahechas, como escribir de lo suyo, de sus diecinueve atracos a mano armada y de su golpe maestro, pero no le va el realismo; el realismo es el olvido maquillado de recuerdo, fantasea. En cualquier ca-

so, no piensa escribir ni una palabra en su contra, ni siquiera con seudónimo. Los niños quieren ser futbolistas o policías, y los niños crecen y se aburren de ser árbitros o porteros y se hacen policías y pillan a los malos. El honor de uno nunca prescribe. Algún día, piensa, escribiré únicamente cuando la escritura me saque a rastras de la cama y me implore que haga cien flexiones con una lápiz agujereándome las manos, y desayune huevos con beicon, y me busque una novia cuyos ojos orbiten alrededor de mis ojos y, entonces, y sólo entonces, pueda escribir algo por lo que merezca la pena dejar pasar un buen polvo. La muerte se acerca. Está buena, es de su tipo, delgada sin rallar la anorexia, pómulos hundidos, labios como dos lonchas de mortadela siciliana cortadas por la siciliana que elaboró la misma mortadela que corta. Sin lugar a dudas, se la follaría a la primera oportunidad. La muerte le pide lo más fuerte que tenga. Salvatore le sugiere un chupito de Everclearl. Mejor una copa de eso, alega la muerte apoyando la barbilla en el filo de una guadaña de plástico bastante conseguida. La muerte se toma la copa de un trago. No se inmuta. Apenas retuerce la cabeza, una ligera mueca de asco. Salvatore sabe que la muerte es dura de pelar, pero nunca imaginó que escupiera como un tío. «¿Cuántos años tienes?», pregunta la muerte con acento atropellado. «El tiempo es cosa de relojeros y yo no llevo reloj», responde Salvatore como si tuviera un hielo o una chapa entre los dientes.

3

Salvatore solía decirles a sus amigos que los escritores de novela negra eran unos miserables, astutos plagiadores, farsantes, alquimistas de archivos policiales. Cómo parir a un asesino, insuflarle la vida para acabar con otras vidas, sin haber asesinado jamás. ¡Qué diablos, Salvatore...! entonces vos debes de ser el máximo representante de esos pelotudos, replicó una noche Eduardo Mendoza, el único amigo argentino de Salvatore, en realidad, el único amigo de cualquier nacionalidad de Salvatore. Se veían muy poco. Como Gorbachov y Reagan, como los dobles de Reagan y Gorbachov, sencillamente, como dos personas que pasan olímpicamente la una de la otra. Intercambiaban de cuando en cuando impresiones sobre series de culto, películas independientes de Europa del este y libros descatalogados de autores rusos, peruanos y canadienses. Solían quedar en el bar Benjamín los jueves a eso de las diecinueve horas. En ocasiones se unían algunos colegas de profesión de Eduardo, arquitectos en paro que ahogaban sus penas proyectando ciudades-estado en los aros de Saturno o en la raja de Venus. A Salvatore no le hacía gracia que su único amigo tuviera amigos que no fuesen sus amigos, aunque fueran de esos amigos que te invitan a putas y a coca. La verdad es que Salvatore es uno de esos bi-

chos raros que no encuentran consuelo en el prójimo, y si no hay consuelo, hay desvelo o algo peor. Asistía solo al antiguo cine Agüere, reconvertido en espacio cultural, con objeto de meterse en vena el rollo *cultureta-hipster-modernete* que se respiraba en la ciudad universitaria por excelencia, Patrimonio de la Humanidad y fría como el diablo. Con frecuencia, acudía al Café Siete a fumar y a beber, fundamentalmente, a mirar a la gente mientras bebía y fumaba. Olfateaba el hedor de la insalvable distancia que lo separaba de aquella gente que devolvía la mirada, como la mosca olfatea la muerte en cualquier telaraña del mundo. El tierno y depredador pulso de la vida anestesiaba el aire. Concluida la cerveza o las cervezas (¿quién puede beberse sólo una cerveza?), escaneaba el suelo en busca de objetos perdidos. Una vez encontró un carné de identidad caducado. Desde entonces, Salvatore no deja de preguntarse si el pasado tiene fecha de caducidad.

4

Pega el ojo derecho a la pared. La mira como si sus ojos pudieran atravesar las paredes o el más selvático de los paraísos perdidos, acaso como Hiram Binghman al ver las ruinas de Machu Picchu el 24 de julio de 1911. Despega el ojo de la pared. Piensa en *Caín* de Saramago. Baja a comprar el pan. El portero del edificio Luna, un anciano con todos los males de la ancianidad, le da los buenos días y le dice que hoy no tiene correo. Salvatore coloca su mochila sobre la mesa del portero, observa las orejas de éste y piensa que el tipo que inventó la primera máquina depiladora debe ser un buen tipo. Salvatore abre el buzón. No tiene correo pero sí decenas de panfletos y palos de chupete. Fija la mirada en el busto de bronce colocado en la entrada del edificio, junto a la palmera artificial donde la gente deposita las colillas. Se trata de don Alejandro Hernández, portero del edificio Luna asesinado en la guerra civil. Corría el año de nuestro señor de 1938, don Gracián no era entonces don Gracián sino un muchacho de 14 años. El muchacho iba de camino a casa. Era tarde pero no demasiado tarde como para verle las bragas a la luna. Escuchó unos disparos. La gente corría como si la isla de La Palma se hubiera partido en dos y un devastador tsunami se aproximara a Tenerife con la fuerza de cien len-

guas de abuelitas que tienen por costumbre lijar el rostro de sus nietos. Un republicano entró en el edificio armado hasta las cejas. Le preguntó al portero, a don Alejandro Hernández, si creía en Dios. Don Alejandro le dijo que claro que creía en Jesucristo nuestro señor. El republicano lo dejó como un colador. Dicen que no fue un republicano sino un nacional el que hizo puré a don Alejandro sin mediar palabra, lo cierto es que don Gracián, que por aquel entonces no era don Gracián sino un muchacho de 14 años sin internet, entró en el edificio Luna y se encontró con un mar de tripas. Vomitó y luego se sentó en el sillón de don Alejandro, tras el escritorio de ébano macizo, estilo Luis XVI. Desde ese día, Gracián no se movería de la silla, salvo para tener dos hijos alimentados con gofio, pescado, papas, ensaladas y frutas, bien educados en colegios privados y ciertamente estables de espíritu. También tuvo tiempo de hacer feliz a su esposa Virginia con los viajes del Imserso y con alguna que otra carantoña en tiempos de Pascua. Ya no recuerda su nombre, pero sigue mirando su foto como si Virginia pudiera salir de entre los muertos colándose a través de sus ojos. Le gusta Halloween. Cree los muertos resucitan por un día. Salvatore sale del edificio, dice adiós o hasta luego. Don Gracián mira la foto de Virginia. No responde, está perdido en los ojos más hermosos que ha visto nunca.

5

Cada día, uno distinto. Tal era la consigna. La Cafeína, sito en Ascanio y Nieves nº 4, es, desde hace dos semanas, su escondite fetiche. Lo ha descubierto por casualidad. ¿Te has preguntado alguna vez qué es la casualidad? Si lo has hecho, no es casualidad. Todas las canciones hablan de amor, reflexiona Salvatore, inmóvil frente a un letrero que reza La Cafeína. Dos jóvenes, chico y chica, se desgastan los labios frente a él. «¿Por qué en otoño los besos saben a invierno?», pregunta ella limpiándose la boca con la manga derecha de su jersey. «En La Laguna siempre hace frío. Ni canciones de amor ni poesía. No hay más tu tía», responde él deseando escuchar nuevamente el retintín de su lengua en el albor de sus muelas. Las canciones de amor y el otoño. El otoño no necesita a nadie que le diga que el invierno le extirpará los órganos. El otoño lo que necesita es una milicia bien adiestrada de barrenderos. Las canciones de amor no necesitan que nadie les diga que siempre aparecerá una nueva canción de amor que incendie, a ritmo de soplete, el alma de su predecesora. Las canciones de amor lo que necesitan es amor, y punto. Saborea el café como si la taza, el fragmento en el que sus labios se adhieren al borde de ésta, fueran los labios de una mujer, una mujer que saborea los labios de un hom-

bre que necesita una sobredosis de cafeína para no morir de amor. Ojea el periódico. Esquelas. Encuentra en ellas un abismo tan hermoso y tan horrendo, acaso una fuerza incontrolable que estrangula la memoria, una singularidad tan plural que le permite escudriñar la última verdad de todos los principios, finalmente inciertos. Pasa de página. Putas, travestis y amorfas concubinas publicitan sus exquisitos dones. Placer y muerte, se repite Salvatore flagelando con sus dedos yertos las esquinas del periódico. Vuelve la vista a la página de contactos. Lee un anuncio que le parece maravilloso: *¿Te apetece una buena mamada mientras observas el amanecer desde el pezón más erecto de España? (el precio incluye: traslado al Teide en guagua, ticket para el teleférico, una coca-cola light, toallitas y avituallamiento)*.

6

¿Y si la inspiración deja de respirarme? ¿Y si nadie se siente diferente a nadie y se proclama la I República de la Igualdad de Nadie? ¿Y si la luna pierde su estudiado oleaje? ¿Y si las preguntas que el silencio contesta a impulsos electrovenéreos conquistan la razón que en mi alma reposa, no quedaré para siempre sumido en la contagiosa inmensidad de la duda? Ring ring ring. Despierta Salvatore, hoy hay luna vacía y las mareas no te rozan. No olvides que *el principio de razón suficiente* de Schopenhauer no es razón suficiente para hacer lo que haces, y que tu cuerpo, articulado a golpe de tecla, no existe más allá del accidente verbal que lo hace levitar en la garganta de un narrador, que por error o por traición, se parece a ti. Abre el libro *Condenada*. ¿Los ángeles existen?, anota en una servilleta manchada de café.

7

Hoy puedo ser el parabrisas del deportivo que Malkina se folla en la película *El Consejero*, fosilizar las lenguas que descubrieron el primer beso del mundo, comprarme un acelerador de partículas y neutralizar la fase crítica de los sueños (ese real y brutal y desleal vertedero de espasmos), escribir la peor bazofia novelística de aquí a Quito y de regreso al puente de los suicidas masturbarme imaginando cómo resbala un coño americano a través de mi cuerpo hecho de románticos pedacitos de vidrio, aventurarme en los confines de la geometría euclidiana y darme de bruces con el puto quinto postulado, vaciarme los bolsillos y encontrar la carta que mi primera novia le escribió a su segundo novio sobre las razones por las que su primer novio dejó de amarla como se ama por vez primera o algo así que jamás entenderé por la descarrilada grafía de aquella musa con tetas de plastilina. No será fácil. Hoy no puede escribir. Hoy solo puede mirarla a través del agujero de la pared. Cabalgar adondequiera que cabalguen los unicornios.

8

El sexo es la madre de todas las musas, algo así como la madre patria de las historias sin historia. La masturbación no vale, para un poema fantasmagórico puede bastar una paja semiautomática, pero nunca una paja a mano cambiada, eso desvirtuaría los principios fundamentales de la perpetuación solidaria. Un poema de amor, no, olvídalo. Nunca intentes escribir un poema de amor con las manos manchadas de soledad. El primer verso suele apestar a eterno sueño de pubertad, con bigote fascista y espinilla dorsal. El segundo, oh, el segundo verso, el más embustero, el que te desnuda sin ponerte una mano encima. El tercero pecará de ceguera (si te la cascas con una frecuencia diaria que iguala o supera la frecuencia cardiaca de un koala en reposo, estás condenado a la subjetividad de los sentidos). Los siguientes versos se suicidarán porque está escrito. Pero Salvatore no está escribiendo un poema, acaricia las teclas en busca de magia electroviral, algo así como hacerse el sueco, es decir, suplantar la identidad de un sueco de la isla de Marstrand, no muy lejos de Gotemburgo, para salir con una sueca. En pocas palabras, necesita follar a lo bestia. Follar y ya. Le relaja, aguijonea su aura. Sustituye los pezones del ordenador por las teclas de su Blackberry. *Necesito verte. Necesito hacerte el amor de*

todas las maneras posibles, recrearnos en un ejercicio de funambulismo o de sonambulismo estadísticamente irrepetible. Hace tanto tiempo que andarse por las ramas dejó de ser útil para la especie humana, que Salvatore no hace ademán de camuflar su puerilidad contemporánea. Es un hombre moderno, pragmático, díscolo, enfermizo. Las putas le gustan, le divierten, le apasionan tanto como bailar consigo mismo. Regresa al pasado en un DeLorean crepuscular que se detiene frente a un burdel llamado El Hotel. El cliente, acodado en la barra del bar, se toma una copa. La Sra. Lourdes (no es su verdadero nombre, pero en el curro la llaman así desde que Davinia la tres senos regresó de entre los muertos con un almanaque de la Virgen de Lourdes pegado en el careto, y todas las putas y todos los clientes presentes en el funeral quedaron atónitos al advertir que Candelaria Laredo y la Virgen de Lourdes tenían el mismo careto) se acerca como si anduviera sobre el agua o como si chupara tréboles de cuatro hojas. Intercambian miradas y palabras (palabras que no dicen nada y miradas en las que caben dos novísimas ediciones francesas del Kamasutra). Suben las escaleras de manos, casi atados. Dan seis pasos en el rellano y se detienen frente a la habitación 23. Entran. Ella lo invita a pasar, él le agradece su gesto, pero le resulta descortés pasar en segundo lugar. Se lo hace saber con una palmadita de *monaguillo* en la nalga derecha. La luz se enciende. No sabemos quién aprieta el interruptor, pero sí sabemos que el plafón del techo se asemeja a la vela que un monaguillo, medio granuja medio circense, apagó en su ojete para representar la diabólica extinción de la fe. Él se quita los zapatos sin usar las manos. Ella, ya está desnuda, maravillosamente desnuda. Salvatore se sienta en una silla de madera lacada en negro dominó. Despojado ya de todo bien, de todo mal, examina a la Sra. Lourdes. Fotografía la hondura de su vientre, filma sus pechos; aureolas de

amanecer ibicenco. El plano le conmueve. Se acerca a ella. Le pellizca los ojos a Dios y se arrodilla cual relámpago que escapa de su sonoro sino. Las aureolas ya no son novedad y los dedos de Salvatore comienzan a chorrear impaciencia. «*Sra. Lourdes, es usted el ombligo del mundo, el centro vital de la nostalgia, la aorta sideral del universo*», le dice. Desliza sus bragas. Piensa en las máquinas de autolavado. Humedece su sexo con la lengua, que parece una desgajada cola de lagarto. Ella se muere de ganas por chuparle la verga. Él, se deja hacer, que en algunas tribus es como nacer. Mientras relame la herida más bella del reino animal, su lengua se alía con el ejército dental para formar no un escuadrón de la muerte ni una cuadrilla de cobardes ni un pelotón de fusilamiento, sólo una pacífica sonrisa que incendia los labios de ella. «Papito, puedes metérmela por todos los agujeros visibles e invisibles, pero nada de besos en la boca». Salvatore sigue pensando que aquella puta era retrasada. Podía clausular la noche entre sus nalgas (en la versión apócrifa de esta historia aparece la expresión *romperle el culo*), introducir en su sexo botellas de champán y consoladores de esquina (dícese de aquellos instrumentos eróticos que están hechos un asco y son abandonados en cubos de basura de esquinas lúgubres, donde señoras felizmente casadas, descubren, entre la fascinación y el desasosiego, el significado del afecto), pero nada de besos en la boca. Salvatore sale a la calle. Un nazi que saca dinero en el cajero le dice que los besos en la boca son cosa de maricones. Salvatore quiere decirle buenas noches pero no puede. Malas noches, le dice.

9

Hay miradas que matan y miradas que salvan. Esta basura es lo único que he podido escribir en siete noches sin sus días. Me pican los huevos y me arde a rayos la espalda. Pienso en la frase de Loriga: *En mis sueños Dios me la chupa*. En los míos, Dios no tiene boca.

Reescribe.

*Hay miradas que te resucitan y miradas que te rematan. Esta mierda es lo único que he podido escrib*ir en siete días sin sus noches. Me pica el prepucio y me arde a truenos el tímpano derecho. Pienso en la frase de Loriga: *En mis sueños Dios me la chupa*. En mis sueños, Dios sueña que existe.

10

Hoy le dio por ser poeta. Qué singular estupidez. Un hombre pegado a una nariz que perdería todos los concursos de zanahorias en los que Benedetti fuera un irreductible vegano hijo de la chingada. «Eres más hermosa que el cóndor liberando en su vuelo la piel del arco iris», le suelta a la camarera más fea que ha visto en años. La camarera dice que le encanta la lluvia y que el arco iris es una ilusión óptica y que la lluvia moja y que nunca ha visto un cóndor sobrevolar el cielo lagunero. Salvatore le dice que él no ha visto nunca un cóndor en ningún cielo de ningún lugar. Ella le dice que tiene restos de espuma en el bigote. Él le dice que todos los poemas hablan de amor y que la espuma es circunstancial.

11

«¿Cuánto tiempo le queda?», formula Salvatore con cara de protagonista de telenovela mexicana. «No sé. Semanas, días, milisegundos», responde Eleanor como si le hubiera robado la garganta a una muchacha que ha sufrido una traqueotomía con bolígrafo en la ciudad mexicana de Cuernavaca. Escenario: Terrazas de El Sauzal, Tenerife. Escena: *Uno junto al otro*. Frente a ellos, el océano y el sol, también hay un cenicero *chic*, dos cervezas tipo cañita y dos posavasos con la silueta de un tipo con sombrero de copa y bastón, un camarero que se parece a Clint Eastwood, un recipiente romboide de color blanco con tres aceitunas en su interior, una vela eléctrica sobre una mesa de cristal transparente, un recipiente de cerámica local con inscripciones aborígenes, pipas de aceituna dispersas sobre la mesa (él piensa en el caos del universo y ella en dejarle los huevos como pipas de aceituna), tabaco de liar marca American Spirit, el Teide y gente que fotografía el pico más alto de cualquier tierra bañada por el Atlántico, una bolsa de filtros, un grupo de frikis jugando al Catán, un paquete de papel de arroz, un bolso de mimbre muy cuco y, finalmente, un tipo con las orejas muy grandes que derrama la cerveza sobre sus vaqueros gris Prozac. También hay barcos hundidos en el océano y soles en lugares

que no conocemos. Aleteando sus pestañas, Eleanor le dice que pensándolo bien no estaría nada mal dejarle los huevos como pipas de aceituna tras el piano bar. Salvatore le responde que hay bar pero no piano. Arde sobre mojado, añade. Qué triste realidad esa música que no resonará en los confines de mi boca, piensa ella, y piensa decirlo, pero prefiere escribirlo en la agenda de su móvil para cuando tenga ganas de hablar y no sepa qué decir. La mosca se posa en la falda granate de Eleanor. «De dos a tres semanas, depende de la especie y del clima y de si son callejeras o les mola la peste que desprenden las monjas de clausura. No soy experta en moscas. Lo leí en un foro de bichos raros. Esa clase de gente que coloca sobre el comodín o sobre lo que sea una metrópolis acristalada habitada por hormigas. Los muy capullos se tiran horas observando cómo van y vienen por sus túneles perfectos y minúsculos, cómo unen sus antenas las que vienen y van, cómo trafican con los restos de comida, cómo se pierden y cómo ganan terreno al cielo, cómo mueren y se quedan cosidas al cristal o hundidas en la arena o rezando panza arriba a la hormiga gigante de plástico que vino de las estrellas. Las moscas son parecidas, igual de aburridas, pero tienen alas. Pueden sobrevolar sus ciudades, que bien pueden ser castillos de estiércol, pueblitos de diarrea, capitales de vómitos... El mundo es una mierda. El cielo de las moscas es una mierda. El infierno de las moscas es una gran cagada y no lo saben. ¿No te parece la mejor de las suertes?», pregunta Eleanor. «¿Qué?», pregunta Salvatore. «¡No saben que el mundo es una mierda, joder!»

12

Solo los amantes sobreviven. «Si la jodida lentitud no fuera la estaca que atraviesa y da muerte a su estética cool, sería la mejor peli de vampiros de la historia del cine», le dice Salvatore al tipo que come palomitas como si fueran billetes de cien dólares. «Hay algo en ella irresistible», comenta el tipo de las palomitas como si estuviera lamiendo una gota de sangre en medio de un iceberg. «No sé, es como esperar a alguien al que echas de menos y cuando os encontráis en un motel o en un sueño, folláis hasta daros cuenta de que solo echabais de menos el cigarrillo final, ese que da por concluido el poema *Canción triste de nosotros sin uno de nosotros*, que escribís a dos manos desde que os conocisteis para perpetuar vuestra manca y sangrante soledad», alega Salvatore con ganas de pirarse del cine. De regreso a casa, deja al tipo de las palomitas en una antigua fábrica de galletas. «Bonita choza», dice Salvatore. «Ser un vampiro tiene que ser la polla», dice el tipo como si tal cosa. Salvatore abre la puerta de su habitación. Pega su ojo izquierdo en el agujero de la pared. Sangre. Hace una observación: «¡Joder!, ha intentado hacer pudding con sus venas». Ha utilizado un tornillo de la ventana como arma, puede que un cristal. Salvatore detiene la hemorragia con unas bragas, las bragas que

Eleanor dejó olvidadas sabe Dios cuándo. Limpia la sangre como puede, un paño de cocina absorbe la hemoglobina como un beso letal. Victoria está bien. Los accidentes ocurren y los vendajes existen. Hace un calor insoportable. Perder algo importante también es insoportable, como una mujer que te trae por el camino de la amargura. Salvatore piensa en su mochila y en el contenido de la mochila. Sería una lata, piensa, reescribir su obra maestra cuando el final está a punto de convertirse en realidad. Regresa al salón. Considera que escribir y besar es casi lo mismo. Play. El *prota* y la *prota* relamen helados de sangre. Salvatore baja a por el pan. Don Gracián, como de costumbre, está moviéndose cual péndulo en su sillón, perniabierto, con un ojo en la foto de su esposa y el otro en San Borondón. El último de los placeres, se dice Salvatore. Mira el correo. Hoy tampoco tiene correo.

13

«¿Qué es el amor?», pregunta ella. «Ser bisexual y estar todo el día metiéndote mano», contesta él. «Creo que jamás te has enamorado», dice ella coloreándose los labios con un color que él no había visto jamás en los labios de ninguna otra mujer. «¿Y para ti qué es el amor?», pregunta él. «Olvidar que existe el amor», contesta ella.

14

«Antes de ser mariposas, son gusanos», le dice Salvatore a dos jóvenes que se besan en mitad del Atlántico. «¡Qué te den!», exclama uno de los jóvenes como si saliera a flote. A veces, Salvatore cree que Dios inventó el amor para darnos por el culo; a veces no. Si nos diéramos todos por el culo todo el rato el género humano se iría a la mierda, poéticamente hablando. Su colega argentino defiende que el amor lo inventaron los argentinos, pero Salvatore le explica que cuando Argentina no era Argentina, el amor hacía de las suyas en la *No Argentina* y en cualquier rinconcito del globo terráqueo, y, aquél, desafiando los límites intrauterinos de la paciencia humana, no se viene abajo, no, el argentino se envalentona, aprieta sus nudillos como si fuera a partirle las costillas a todos los enamorados del mundo que no se amaron en Buenos Aires, Rosario o La Patagonia; se muerde los labios, primero el labio superior y acto seguido esconde entre sus ambarinas paletas el labio inferior, y, procede, en tono altivo (como si tuviera un altavoz en la garganta) a pregonar su absurda teoría. Salvatore jamás divulgaría las estupideces de sus colegas, de ningún modo, si son extranjeros. Los pobrecillos echan tanto de menos el olor, el color y el sabor de su tierra (aunque nunca la hayan olido, aunque no puedan desemparejarla del color del

estiércol, aunque cayeran de boca, con la boca abierta, y escupieran como escupen los pendejos la tierra donde nacieron) que son capaces de vender a su madre; su madre patria, se entiende. El Sr. Curtis, por lo que sabemos, alimenta gusanos en su estómago. En efecto, está enamorado como un agapornis enjaulado frente al espejo del baño. Lo jodido, lo realmente exterminador, es saber que será su amada quien le rebanará la cabeza con el filo de una carta. Piensa llamarla. Recuerda que ella no quiere que lo haga aunque estalle una bomba bacteriológica que transforme a la especie humana en una especie de nada. Le viene a la cabeza la primera vez que utilizó una guía telefónica, por supuesto, no fue para llamar.

15

El secreto está en los ojos. No se trata de contar el número de veces que pestañea el hijo de perra o la hija de perra que nos la está metiendo doblada. Tampoco el diámetro de las pupilas, si aumenta o desciende su magia cilíndrica, nos proporcionará más información que una linterna apuntando a las estrellas. ¿Los párpados? No. Los párpados sólo sirven para enamorar a esos tipos raros que se quedan mirando a la gente que duerme. El secreto no está en los ojos del que miente, sino en los ojos del que mira. Salvatore ya no recuerda sus ojos, digamos que Eleanor no le hace ni puto caso. La próxima vez piensa disfrazarse de Kurt Russell. Eleanor adora a Kurt, dice que se podría pasar la vida chupándole la polla sin respirar. Nada es imposible, le dijo Salvatore.

16

Como Ryan Gosling en *Cruce de Caminos*. Sucursal bancaria, Santa Cruz de Tenerife, invierno de 1999. Careta de Richard Nixon, pantalón vaquero azul Prusia, botas militares negras, camiseta de los Red Hot Chili Peppers, dos vigilantes delgados como palillos, siete clientes heterogéneos, cinco empleados que podrían configurar una Matruska de carne y hueso, y un director que se quita los restos de comida con la llave de su auto. Eduardo Berrat cronometra el atraco. Dos minutos y nueve segundos. Todo un récord para un tipo que utiliza una pistola de plástico. Siempre supo que lo más difícil era guardar la pasta. Pasó dos años alejado del mundo, haciéndose pasar por el hombre invisible en un motel de Garachico, el pueblo tinerfeño donde hubo cometido su primer atraco, una joyería que por aquel entonces era una librería con un triste cartel de liquidación por cierre. Comía, leía, cagaba y escribía. Tenía la suerte de cara y no quería perderla de vista, pero un día, Berrat volvió a enamorarse. En aquella ocasión no lo atravesó la manida flecha del amor, sino un rayo. En la primavera del año 2000, Eduardo Berrat cayó fulminado en el parque de la Puerta de Piedra (Garachico), frente al busto de Rafael Alberti, donde solía quedar con las mujeres que conocía a través de internet. La mujer que lo acompañaba

ese día, Diana Chinea, comentó a la reportera de Televisión Canaria que Eduardo era un tipo raro que hablaba todo el tiempo de libros, con el que había quedado un par de veces para charlar. «Es muy atento, detallista, un hombre de los de antes, ya sabe, de esos que te regalan joyas porque sí», expresó mostrando a cámara un pedrusco que brillaba como los ojos de una enamorada. Después de la rehabilitación más larga de la historia de las novelas contemporáneas, su rostro ya no era su rostro. Digamos que los cirujanos hicieron lo que pudieron para que los niños no se mearan encima o no lloriquearan como sólo los mocosos lloriquean. Eligió el nombre del protagonista de su primera novela: Salvatore Curtis. Un tipo duro, al final se lo cargan.

17

Probarlo todo en pequeñas dosis. El abuelo de Salvatore no era el tipo que más partidas de ajedrez había ganado en su vida, ni siquiera le interesaba el ajedrez, era más de las damas que nunca le preguntaban acerca de su estado civil. Cuando Salvatore regresó del campamento de verano del 86, el abuelito le dijo, en plan Kerouac escribiendo como un poseso en un rollo de papel higiénico, que había probado el peyote en el invierno del 55, eso sí, en pequeñas dosis. En ese momento Salvatore recordó todas las veces en las que su abuelo fue a recogerlo al colegio disfrazado de John Wayne, Neil Armstrong o Tina Turner. ¿Qué significa probar de todo? ¿Darle una paliza a Dios en semana santa? ¿Tirarte a la tía más fea de tu barrio y que te diga que lleva bastante mal el tema de ser primos? ¿Cargarte a todos los tontos en nombre de Dios? ¿Tirarte a la tía más fea de tu barrio y descubrir que lo que dice es verdad? ¿Hacer papilla al más listo de los tontos y sentar las bases de una nueva civilización basada en el amor incondicional a los concursos internacionales de sopa de letras? ¿Tirarte a tu prima por dinero porque la cosa está muy chunga? ¿Coserte a golpes y que se convierta en leyenda? ¿Qué significa probar de todo en pequeñas dosis? Situarte en el borde de un puente con tu arnés, tus

cuerdas y tu paracaídas, y justo cuando tu pie derecho flota como una promesa, sientes que vas a sentir algo parecido al estreñimiento y al amor y a las nauseas, y te rajas como se rajan los policías en los suburbios, y, entonces, y sólo entonces, le dices al monitor que te devuelva el dinero, y el monitor, que es algo así como gilipollas honoris causa, te dice que el que se fue a Sevilla perdió su silla, y tú le dices que no sea *disminuido* porque ese refrán no casa con la situación y él te dice que eres un cobarde y una nenaza y, tú, en plan Gandhi con falta de pasta, le das la razón, y, él, en todo su esplendor de gilipollas honoris causa, acepta abonarte la mitad de lo que pagaste, y te largas de allí con la certeza de que llevas toda la vida probando de todo.

18

«Es el más romántico de los asesinatos», arguye. Uno no sabe la hora exacta de su ejecución, hasta que lee la última palabra y vuelve a la primera y alentado por algo que no duda en llamar esperanza, retoma la lectura de todas las palabras de principio a fin, como una factura que no puedes pagar ni de coña, y, relee lo que no debería volver a leer, la puñetera carta de despedida, que sigue pareciendo, pese a la antigualla que ilumina a ráfagas su mesilla de noche, el único objeto que brilla en el universo. Se le ocurre alterar el orden de las frases por si existiese un mensaje cifrado. A todo el mundo le gusta creer que forma parte de algo más importante que levantarse para ir a currar. Ocurre entonces lo que jamás debería ocurrir. Sí, el dolor va dejando paso a la ira, y la ira, va, y va de lo lindo, como uno de esos atletas que parecen despiezarse con cada nuevo paso. Sí, esos que corren como si les doliera la tripa. Salvatore tira una moneda al aire. Le importa un rábano lo que salga, pero le gusta creer que puede jugar con el azar y ganar la partida. Se le hace raro tocar el timbre. Por extraño que parezca, sólo recuerda aquella tarde en la que se vistió de marinerito para entregarle a Edelmira un aro de plata con su cajita y su lasito y su pequeña cuartilla con un verso de Lorca: *Cuando sale la luna, el*

mar cubre la tierra y el corazón se siente isla en el infinito. Siente la misma inseguridad de entonces, pero ahora toca el timbre de su vecina como si portara en cualquiera de sus manos la lanza del Destino. Ella le dice que no quiere verlo ni en pintura. Él se pregunta quién es esa pava que cuelga de la pared con cara de pocos amigos. Ella es una asesina y él un hombre perdido. «¿Cuántos años tienes?», pregunta ella como si el tiempo fuera más atractivo que James Dean. «Los años no se tienen, ni se detienen; se pierden y ya», responde él como si interpretara una versión fantasmagórica de James Dean. «Eres mi hombre», dice ella despojándose de su atigrada bata de cachemir. Él debería decir: «Y tú mi mujer», pero no lo dice. Follan como suicidas. Salvatore rememora una frase de Bukowski: *Find what you love and let it kill you*. Eleanor Smith mira al infinito y se siente isla. Salvatore enciende un pitillo. Se siente como si un diluvio universal de cemento penetrara por sus ojos a la velocidad de la luz. Está listo para escribir.

Parte IV

Backstage

-¿Y sabes lo peor de todo...?
-¿Qué?
-Le debemos un hígado a Bolaño.
-¿Eso qué significa?
-Que le debemos un hígado a Bolaño y estamos muertos.
-¿Es una broma?
-La broma definitiva.
-¿Y tú quién eres?
-Lo que queda de Pastor Gracián, portero del edificio Luna desde que la patria se fue a la mierda, mire usted, e hincha del Atleti desde que mi viejo me dijo, con su voz de árbitro hijo de la chingada (era medio mexicano, ¿sabe?), que era infinitamente mejor perder en el juego que en el amor.

2. Memoria que orbita alrededor de la luna

En alguna fecha, en algún lugar

Tienes setenta y siete años. Hueles a muerto. Prendes un cigarrillo, en realidad, resucitas una *chusta* de marihuana que lleva tres días descomponiéndose, regresando pacíficamente a su estado natural de invisibilidad y silencio. Avecinas tu boca a la llama que mana del hornillo grasiento ubicado frente a algo parecido a un retrete turco. Barba, deflagración, daño colateral, extinción. Regresas a tu trono, un destartalado sofá que adquiriste en una subasta celebrada en Queens, Nueva York, puede que en Madrid. Si alguien te apuntara con una pipa en la cabeza, no te apostarías un pedo. No recuerdas dónde demonios lo compraste, puede que lo robaras; en cualquier caso, te la pela, pero siendo, como eres, un hombre cabal, le dirías al presunto cabronazo que te encañona con la mismísima Colt M1911 de Vicent Vega, que su procedencia real es residual, absurda, incognoscible. Sobre todo incognoscible. Le dirías que en un jodido universo de ficción no importa una mierda la procedencia de un sillón, ni siquiera la propia existencia del tipo que se sienta. En el fondo, sabes que te equivocas. El sillón es tu amigo, el único que te queda. Apesta a *Big Bang* y se contonea como una puta con gonorrea, pero es tu amigo del alma, tu otra mejilla, tu posdata. Te sientas dejando caer el peso muerto de tu sombra.

Sus rodillas, de acero, cuero y polvo lunar (toda clase de materia proveniente del espacio que nunca limpias), se curvan como un agujero negro. Giras tu cocorota y allí está: *the love of your live*. Acaricias sus mejillas plateadas. Su boca y tu boca proyectan en el aire una orgía de auroras boreales. Borras de tu memoria *auroras boreales* porque te suena demasiado gay. Amas a las mujeres y respetas a los gais, pero no eres una mujer ni te molan los gais. Su boca y tu boca dibujan en el aire una misa de auroras boreales. No puedes borrarlo. La verdad no tiene sexo, reflexionas. La abrazas. Apuntas. No eres el más diestro de los zurdos, pero encañonas la Colt como un hombre capaz de talar un árbol con la mirada. Hay tres balas en la recámara. Colocas el cañón de la *Rusita* en tu frente, justo encima de la cicatriz que tu viejo gato persa te dibujó una mañana de abril de 1992. No estás seguro de que fuera persa, no estás seguro de haber tenido un gato en ninguna de tus siete vidas anteriores. Recuerdas las olimpiadas y El Molino. Sientes un profundo vacío y una ligera erección. Tu sombra te conduce a un motel de Barcelona donde disparaste por primera vez hordas de espermatozoides entre las piernas de una mujer maravillosa de la que no recuerdas casi nada, salvo que tenía un tatuaje en el pezón derecho, una especie de sol, rayos de sol, puede que una simple hélice de aeroplano de recreo. Recién cumpliste la mayoría de edad. Quieres comerte el mundo, y luego, claro, vomitarlo, y limpiar todo el estropicio para empezar de cero. Pero esa noche sólo cenas un plato de macarrones grasientos y un coño que apesta a mil y una noches de sexo arrendado. No te importa un carajo, sales del puticlub enamorado; no de la puta, que es más bien feúcha, estás enamorado de la vida, tienes un aliciente, una herramienta para satisfacer el deseo de vivir sempiternamente cosida a tu entrepierna. Te asomas a la ventana. Sudas como una bruja en la hoguera. El sudor es frío. Rememoras

la Navidad de 1956. Tus juguetes arden en la chimenea. Ese día juraste que algún día serías bombero, el mejor de tu promoción, pero ese día se apagó como se apagan todos los días. Regresas al presente en un Seat 600. Una gorda pasea con su chucho por la acera. Recuerdas que la fulana de *barna* era achaparrada, mulata, de abruptas caderas, cojea livianamente, como una de esas barcas que la añoranza de a poco transfigura en espuma. La gorda parece el clon divertido de la triste mulata. Labios bastos, pintarrajeados con carmín rojo *Ferrari* y un pelo tan liso que parece el horizonte de los pobres. Ahora te queda claro que la señorita del picadero sin lavabo llevaba peluca, pero prefieres engañarte a ti mismo convenciéndote de que jamás hubiste respirado y acariciado y sobado un pelo tan extraordinario. Han pasado cincuenta y nueve años y frotas tu nariz en la ventana. El cristal huele a incienso y a rocío y a bayeta reconvertida en trapo maloliente, quizá, por ello, te viene a la memoria una anécdota geográfica *guión* orgásmica del rostro de la mulata que no compartes con nadie, ni siquiera con el portero del edificio, un señor muy simpático al que la gente llama Mr. Confidente. La nariz de la mulata, tan dilatada que piensas (no sin algo de razón) que por ahí te cabe el rabo. La gorda se detiene en el banco del parque. Alza la mirada. Sus ojos y tus ojos se conectan. Ojos distantes, como los de la primera mujer que amaste, pupilas enemigas, como si aquella noche en la que sus padres follaron sin mirarse el uno al otro en un cuchitril de Calabar, en el estado de Cross River, el mundo hubiera sufrido un terremoto a escala mundial o puede que sólo en el sudeste de Nigeria y la tierra se hubiera divido en dos: a un lado, aislados, quedaron las personas de buen ojo, y, al otro, todas las asimetrías ópticas imaginables. Obviamente, el epicentro, según quedó registrado en los aparatos que miden el desastroso vals del azar, se hallaba en el intermedio de su nariz soldada a la *desmemoria*

de ti. Vuelves a tu sofá reclinable. Estiras las piernas y el alma o puede que sólo lo imagines. Son las 09:26 de la mañana. Es primavera. Piensas que la vida es pura alergia. No eres Descartes pero sí alérgico al efecto sin causa. La pistola no se ha movido de tu mano. Te sientes como una mota de polvo en medio de una tormenta. Nada, la nada en movimiento. Está a punto de llegar, temes que no te reconozca, al fin y al cabo, ni tu mismo te reconoces. Has perdido todo aquello que te hizo ser lo que eras, eso sí, has ganado alguna que otra virtud. La paciencia te cuenta historias de hombres que cambiaron el mundo. Te reprocha haber sido el némesis de todos ellos. ¿De qué te ha servido la paciencia, puto engreído? No tuviste agallas. Creías que arrebatarle la vida a alguien era como escribir un epitafio en tercera persona. Victoria, ella es tu mayor derrota. Siempre te quedará la poesía, viejo gruñón, te dices mientras le sacas brillo a la bala que te convertirá en poema. ¿La muerte? Has pensado tanto en ella que llevas su guadaña tatuada en tu nalga derecha. Ya está aquí.

I

Verano de 1979. Desvelas a tus alumnos el secreto de la auténtica poesía. Léase: leer de cuclillas o sentado en el retrete a los grandes poetas muertos, nacidos éstos, en Francia, Argentina, España, Rusia y Estados Unidos. Alguien, que se da un cierto aire con Lautréamont, señala que los poetas vivos nunca mueren. Tú respondes que Lautréamont nació en Montevideo. El rostro del falso Lautréamont es un mapa perversamente cartografiado. El careto del resto de tus alumnos, veamos; un poema inspirado en un reactor nuclear. Aprovechas esta *suerte* de histeria colectiva para preguntarles qué significa la poesía. El Mota rompe el hielo: «Estoy aquí para recuperar a Amor, mi mujer. Dice que le duele la ausencia de poesía... ¿Qué es poesía? Amar a Amor». Se hace el silencio. El secretario deshace el silencio exprimiendo la cabeza de un lápiz contra un folio. No es un folio, escribe la palabra *Silencio* en un rollo de papel higiénico. La Polaquita levanta la mano izquierda. Parece alojar un chimpancé malherido en el sobaco. Enjaulas tus prejuicios y la invitas a acercarse a la tarima que hace tres días construiste utilizando como materia prima un centenar de revistas que vienes coleccionando desde hace casi dos décadas. «Les contaré mis experiencias poéticas. Empezaré por la más graciosa. Para

situarlos, piensen en un camerino de cabaret de cuarta división. Ahora, cariñitos, imaginen a un poeta francés con el rabo más horripilante que hayan visto nunca. Con horripilante me refiero a que el tipo es terriblemente feo, y, en consecuencia, su salchicha es un alimento tóxico, uno de esos alimentos cultivados sobre montañas de basura (la Polaquita roe su dedo índice y escupe un trozo de uña). Pero la clausula 1-3 de tu contrato establece que tienes que follar con el actor que el *hijoputa* del productor ha elegido entre doscientos gilipollas (Nicotina Green mira a la Polaquita con cara de productor aludido). Bien, en la primera escena tengo que chupársela. En la segunda escena, él me chupa el corazón con peluca. En la tercera me mete el dedo en el culo y me cago. Eso es poesía. Inspiración desalojada de las entrañas». Das las gracias a la Polaquita por retomar la obra de Bukowski desde una perspectiva ginecológica y le preguntas qué diablos es un corazón con peluca. Responde que un coño como Dios manda. «La vida sale de ahí, qué rayos. No jodan con figuritas y parcelas. Si Dios o la genética, qué sé yo, creó el coño con pelos, fue por algo», revela. Piensas en ese algo. Abandonas el molde. No deseas fundar un barrio, una ciudad, un país, un jodido mundo de vírgenes suicidas cuyo coño semeja un jodido parque en primavera. Cedes el testigo a Nicotina Green. «Poesía es sacar de la mierda a un travesti arrabalero y convertirlo en una puta estrella del porno. Eso es poesía, y lo demás, pollas en vinagre». La Polaquita y Nicotina Green se miran como dos extraterrestres a los que un tipo feo como el diablo hace perrerías en una sala de autopsias del Área 51. El Aleta aprovecha la ausencia de poesía para escaquearse del aula. Eleanor Smith afirma que la poesía es lo contrario al miedo.

II

El General Franco ha ganado la guerra. Tienes hambre. El hambre sabe a derrota. Tu madre te ha dejado a cargo de la señora Salvia, una vecina con ojos de sapo que desde que el tiempo es tiempo se dedica a cuidar renacuajos. No te gusta su voz de coche averiado, no te gusta la arruga que luce en su labio inferior y desluce sus facciones a modo de bomba de racimo. Tampoco su olor despierta en ti atisbo alguno de simpatía, ese algo a ratos insustancial que la gente practica para no morir de tristeza. Detestas sus manos frías. Piensas en un oso cazando focas cada vez que te pone la mano encima. Pese a todo, la mujer eclipse (así te referirás a ella años después), es mucho más llevadera que el hambre, infinitamente más sensible que un soldado que dispara a bocajarro a un enemigo que suplica de rodillas por su vida. El *enemigo* es tu padre, Pablo Estibarte, periodista y poeta marginal nacido en la isla de La Palma en 1898. Las guerras no las gana nadie, salvo la muerte, solía decir. Tienes sed. Lucía te acuesta en la cuna y te enchufa veinte mililitros de agua. No es suficiente. Lloras. ¡No llores!, chimpancé de los cojones, replica la mujer eclipse haciendo ademán de volverte a zurrar. Lloras con más intensidad. Tu madre regresa a casa. Es alta, no tanto como papá pero sí más espigada que la

mayoría de las mujeres que has visto. Sus mejillas poseen una luz que tu padre atribuye a las estrellas que no han sido descubiertas. Es costurera, da clases en un pequeño estudio anexo a la sala de estar. Viste sus propios diseños. Le quedan de maravilla. Te coge entre sus brazos, suaves, doblemente suaves. Le pregunta a Lucía que qué tal te has portado. Lucía responde que lo habéis pasado de miedo. Tu madre ríe, Lucía sonríe. Tú, te vienes de vientre. A pesar de que tu vocabulario supera con creces las escatológicas deformaciones del lenguaje que pregona tu infeliz cuidadora, te resistes a hablar; de hecho, no lo haces hasta tu cuarto cumpleaños, cuando le dices a Lucía Fernández Salvia que es la mujer más triste del planeta. También le dices que la tristeza se contagia cuatro veces más que la alegría.

III

Llevas varias semanas recibiendo las mismas cartas. El sobre no huele a nada. No estás muerto, así que descartas el envenenamiento. No, puede que las misivas estén impregnadas de una de esas sustancias que actúan en el organismo paulatinamente, secretamente, mortalmente. En el interior del sobre, un folio. En el cuerpo del folio: dos moscas aplastadas o dos jeroglíficos o sólo un par de claves para resolver el enigma. El café está ardiendo. Tus papilas gustativas apenas registran el sabor. Añades tres cucharadas de azúcar y unas gotas de coñac. El olor del alcohol te anima a deshacerte del contenido de la taza y de la taza. Secuestras la botella de coñac. Te retiras a tu habitación, te sientas en el suelo, cruzas las piernas y colocas tus brazos en jarra. Dentro de la jarra de sueños, huesos y escarcha, inmovilizas la botella. Echas un vistazo a la habitación. Fajos de billetes apilados se elevan por encima de tu cabeza. Recuerdas que estás sentado. Recuerdas las penurias que has sobrellevado a lo largo de tu sórdida existencia. Otro trago y otro y otro más. Ves las cosas desde otra perspectiva. Sigues sentado. El ojo de buey ubicado encima de la cabecera de la cama se abre ligeramente. El humo del cigarrillo se dispersa. Los billetes que han conseguido liberarse de la cinta aislante van y

vienen como *japos kamikaze* deslizándose por las arterias de un cielo teñido de sangre. Las cortinas juegan al escondite y el polvo vaticina un concurso de estornudos. No quieres desenrollar tu intestino delgado rememorando días enteros a base de plátano y pan. En otra etapa de tu vida te hiciste vegetariano porque no tenías más carne que la que llevabas puesta. Al tercer día, resucitaste. Algunos creyeron en ti; otros, renegaron; los más peligrosos te confundieron con Matías Echeverría. Pobre desgraciado, se parecía tanto a ti... Qué cosas tiene la vida, antes de cercenarle la lengua, le arrancaron las uñas y dijo que se llamaba Matías Echevarría; le extirparon los ojos y dijo que se llamaba Matías Echevarría, le pegaron un tiro y murió sin nombre. La botella se ha acabado. Estás tan colocado que resbalas al levantarte y rompes la botella y te cortas la mano derecha y haciendo eses te diriges al baño y el rastro de la sangre te persigue y tú persigues la mirada del tipo que te observa a través del espejo y consigues concentrarte en el asunto que te ha traído al cuarto de baño, y, lavas, retiras cristales diminutos y vendas tu mano y sonríes al tipo que te vigila y el tipo que te vigila te sigue la corriente y puesto que ahora sois dos, decides abrir otra botella y os sentáis a la mesa y no os decís nada. Sólo bebéis. El tipo, enjuto, de barba espinosa y rostro de cartón piedra, es más perspicaz que tú. Con una sola ojeada a la última carta ha descifrado el mensaje. Los garabatos parecen ruedas, pero son cabezas. Cabezas que ruedan.

IV

Dos camas, un escritorio por huésped, un par de armarios empotrados que parecen camas haciendo el *pino puente* y un cuarto de baño en el que puedes ducharte, orinar y afeitarte al mismo tiempo. Hay un espejo, una horterada de mucho cuidado engalanada con las 50 estrellas de la bandera americana. No hay nadie en la habitación. Sólo tú y esa cara de imbécil que te persigue desde que te subiste al avión en el aeropuerto del Prat. Duermes, ojeas una revista literaria de nombre impronunciable (un suplemento polaco traducido por un tal Jeremías Wolfang), tomas café (sabe a raíz de abedul), preguntas a la azafata cuánto queda. Corres al baño, vomitas, te manchas la camisa y te la quitas. La mancha se extiende como la pólvora. Vuelves a tu asiento. Los gemelos que te custodian a ambos lados del asiento aplauden tu torpeza. Nunca más volverás a ser niño, musitan. Entre pitos y flautas han transcurrido dieciséis horas. Estás en Boulder, concretamente en el campus de la Universidad de Colorado, específicamente, en el centro exacto de tu nueva habitación. Corre el año de gracia de 1958. Te han concedido una beca para un curso de lingüística posmoderna. Hace seis meses que terminaste la carrera de filosofía y letras en la Universidad Autónoma de Barcelona. Hace seis años que conociste a los hijos

de perra que mandaron a tu viejo a freír puñetas. Aún vives en el edificio Luna, en San Cristóbal de La Laguna. Anochece. Llueve a cántaros. Te diriges a la Iglesia de la Concepción a recoger a tu madre. Renqueante, como un ángel con las alas empapadas de whisky, se aproxima a ti. Te clava la punta del bastón en el dedo gordo del pie derecho. Te cagas en algún dios. Cae un relámpago. El cura te recrimina el exabrupto. Deberías confesarte, añade tu madre balanceando el paraguas al compás de la lluvia. «Sabes que no soy hombre de fe», le murmuras al oído, a sabiendas de que ni aún eres hombre ni cuando te llegue la hora de serlo proclamarás a los cuatro vientos un amor sin medida por nada que no sea tú. «Hazlo por mí», profirió tu santa madre. Nunca pudiste resistirte a esas tres palabras. No había misterio más intimista, más sobrecogedor, más convincente. La revelación de la Santísima Trinidad manaba de la armoniosa boca de tu progenitora. «Espera aquí», le dijiste. Tu madre esperó en el zaguán. Entraste en la iglesia. Te sentaste en la penúltima fila. Cerraste los ojos para hablar con Dios, pero sólo escuchaste a dos hombres de mediana edad, mediano timbre y estatura media que dialogaban en la fila contigua. «Alberto se ha ido de la lengua», dice X. «¿Quién lo sabe?», pregunta Z. «Sólo la viuda», asevera X. «¿Mantendrá la boca cerrada?», pregunta Z. «Qué mejor que una costurera para coser su propia lengua», dice X persignándose a cámara lenta.

V

Acodado en la barra de un bar llamado El bar, conoces a Vialli Carluccio, un borracho que jura por los dioses antiguos y nuevos que Kerouac le robó el manuscrito original de su novela *Alzare Caino*. «El muy cabronazo cambió las localizaciones y los nombres de los personajes, y, dos años después, la publicó bajo el título de *On The road*». Te echas a reír. Vialli te dice que de qué te ríes. Le respondes que sueles reírte de las cosas que te hacen gracia. Vialli te dice que te vayas a tomar por culo y tú le dices que los hombres que caminan sin destino por la carretera o por el desierto o por dondequiera que caminen, son gilipollas. Vialli alega que los tíos con melena son unos putos maricones y que todos los poetas, con melena o sin ella, son una panda de maricas. Nada de pelea, te dices, luces media melena y tus poemas no superan media cuartilla; en casa ajena, mano serena, añades sin despeinarte. Te colocas entre el cactus y una espeluznante figura de porcelana china que apenas se tiene en pie. Del Piero, promotor de la estúpida reunión en honor a los escritores clandestinos, te comenta que Vialli escribe. No te dice que es escritor, te dice que trabaja como sumiller de lunes a viernes y escribe sin descanso los fines de semana. «Es una mezcla de Lope de Vega, Joyce y Baudelaire», subraya. El aludido

asiente con la cabeza. Tiene la frente pelada, como uno de esos misioneros perdidos en divagaciones metafísicas en el cuerno de África o como uno de esos niñatos que hacen el misionero con más aprieto que dulzura y se dejan media fachada en el cabecero de la cama. Sonríes tímidamente. Te sueltas la melena y siembras en tu boca una semilla negra. Sacas un cigarrillo de la pitillera. Miras fijamente a Vialli. Éste te devuelve el relámpago. Enciendes el pitillo y perforas su cara estriada con volutas con cuerpo de bala. ¿Por qué recuerdas a Vialli? Ah, sí, fue el primer tipo al que le volaste los sesos desnudando a la *Rusita*. No pongas esa cara. Todos hemos sido malos alguna vez.

VI

Te han diagnosticado un mal de amores incurable. Te vienes abajo. Pensabas que las americanas *barra* norteamericanas *barra* universitarias eran más fáciles de usar que un abre-lo-que-sea. Lo intentaste con Dorothy McAllister, musa de tus primitivos poemas automáticos. Recuerdas, con toda escasez de detalles, la noche que quedasteis en el cine. Esa clase de cine instalado en un miserable descampado a años luz de la ciudad. Esa clase de cine donde los papás de algunas recatadas muchachas hacen sus pinitos en el séptimo arte camuflados tras un alcornoque emblema del equipo de fútbol. Puede que echaran una película de Hitchcock: ¿*La ventana indiscreta*? Hace treinta y siete segundos tenías la mano entre las piernas de Dorothy. Sus bragas parecen tejidas por imanes microscópicos de una fuerza cósmica sin precedentes en la hagiografía de la atracción universal. Le haces cosquillas. Manchas los calzoncillos. Pause. Stop. Stop. Stop, musita ella. No puedes detenerte. No ahora, que los imanes se han fundido con tus dedos y hundes tu cabeza entre el poético coseno de sus senos. No, ahora no. No cuando sus uñas color *infierno* se deslizan derredor de tu miembro celestial y muerdes su pezón izquierdo y un sonido seráfico mana de sus labios y, fluyen, por la comisura de tu embocadura,

mil y un antipoemas, y el cielo abre su cortina de nubes y las estrellas te guiñan el ojo o puede que sólo iluminen la sombra de tu pupila del este rozando el pezón derecho de Dorothy. Abren la puerta del conductor.Tú eres el conductor. El señor McAllister señala con la boca de su rifle a la pantalla de cine. En la secuencia la mano derecha de L. B. Jefferies escribe en un papel: *What have you done with her?*

VII

Quedan cuatro días para el fin del mundo, aun así, deberías dejar de fumar. No querrás pasar tus últimas noches tosiendo como un condenado, te dice Belinda, la enfermera que te tiras el último sábado de cada mes en el motel Ringo Star. Todos nacemos condenados, le dices mientras Belinda retira el preservativo de tu pene con los dedos de los pies. Lo has intentado un puñado de veces, pero te enamoraste del humo del cigarrillo desde los trece años, cuando Rosita te convidó a un pitillo y te hiciste el machote y el humo se coló por tus pulmones y tu alma y el humo experimentaron el amor a la primera calada, y tosiste, lo hiciste, como cada noche desde hace cinco o diez años, y Rosita te trajo una birra y te atragantaste más todavía y le suplicaste que te hiciera el boca a boca y Rosita se puso muy nerviosa y te abofeteó repetidas veces y una cosa llevó a la otra y terminasteis por beberos todas las birras de la nevera y fumaros todos los cigarrillos que pillasteis en el dormitorio de sus padres. Luego, Rosita te enseñó sus tetitas y tú dibujaste alrededor de sus pezones corazones con la punta de la lengua o con la puntita del cipote (no lo recuerdas bien, pero te pone más la versión censurada), y llegó su tío, un ajedrecista chiflado al que la tía de Rosita había abandonado hacía un par de días, y abrió la puerta y os dijo que el amor era el más maravillo-

so de los sueños o que tenía tanto sueño que por nada del mundo osaría comeros el tarro con gilipolleces de adulto sensato y tras un par de besos eléctricos os quedasteis planchados uno encima del otro como dos colillas chamuscadas. En cierta forma, tu vida es humo. Sales a la calle. Hace un frío de mil inviernos. Exhalas humo. El quiosquero abanica la niebla. Le devuelves el saludo. Probablemente no seas el único viejo verde del barrio, pero sí eres el único que le compra revistas porno de los años sesenta. En efecto, coleccionas mujeres de papel desde 1962. Guardas la primera edición de *Las hijas secretas de Principote* bajo tu almohada. Suena una sirena. El coche patrulla esquiva a un chucho que no aparece en el guión. Esquivas el coche. El cuerpo del quiosquero es ahora niebla púrpura. Flexionas tus pies. Alargas la mano derecha y coges una caja de tabaco que la brutal colisión ha dejado a tu merced. Extiendes tu mano izquierda sobre los párpados del muerto. Sacas tu cartera, pagas la cajetilla. Los especialistas de cine se bajan del coche homicida. Llegas a casa. Levantas la almohada. Te masturbas con la foto de Asunción Ferrándiz (1945-1998), natural de Burgos. Quedan tres días para el fin del mundo.

VIII

Cuando le dijiste que qué diantres hacía un irlandés fuera de Irlanda, el hombre de Marte (ha contabilizado en su cuerpo cuatrocientas pecas y doscientos trece lunares color atardecer en Marte), te dijo que había más irlandeses fuera de Irlanda que dentro de Irlanda. Cuando le dijiste que qué rayos hacía un tipo como él adiestrando cucarachas, el hombre de Marte te dijo que en absoluto adiestraba cucarachas, que dormía en la calle porque no tenía casa y que la calle era desde tiempos inmemoriales la autopista de las cucarachas. Cuando lo recogiste de la calle, te dijo que te debía la vida. Te sentiste Dios por un minuto. Pasó el minuto y pensaste que Dios era el tiempo. Le aconsejas que se corte el pelo, el rollo hippie es para imbéciles o para tíos de Marte; le animas, como si estuvieras viendo a una animadora sin bragas volar como vuelan los cisnes, a lavarse los dientes con cal o con algo que elimine la franja amarilla de todos los arco iris del universo conocido. De los ojos tristes como un pelotón de fusilados atravesando la córnea del tiempo y el espacio, ya se encargará el sofá. Abres algo parecido a un cuaderno de notas. No ves un carajo. ¡Coge las gafas! ¡Joder! Te preguntas qué demonios haces escribiendo un diario sobre tu mierda de vida. No te respondes. Detestas las zanahorias y

el cuento del conejo y la zanahoria y todas las cosas que pueden comprarse. Ahora lo entiendes. Recogiste al tipo de Marte para fustigarte o sanarte. Victoria y sus constelaciones de poesía o antipoesía. Tus siete pecados capitales convertidos en pecado de *estado*.

IX

La prensa se hace eco de la desaparición de dos guardias civiles. Tu madre hace las maletas como si no existiera mañana y, en caso de que el futuro vomitará el amanecer más radiante, poético y longevo que una mujer haya contemplado jamás, ella presagia que no estará para verlo. Percibes en sus ojos el *paraíso* del horror. Aunque no soporta la descabellada idea de que su pequeñín haya perdido la cabeza, le queda el consuelo, esas cosas se notan a mil leguas de distancia, de reconocerte una valentía que no sospechaba. Borroso. Utilizas la palabra borroso tres veces en una frase de seis palabras. Tienes diecisiete años. Eres un asesino. Un asesino de los *buenos*. Fuego, quema, arde, explota tu alma. El humo te hace toser. Las manos te resbalan. Apestas a gasolina. Deduces que un coche puede recorrer doscientos metros si el tipo de la gasolinera te cerciorara los dedos. Guardas las cerillas en la chaqueta. Maldices no haber cogido otro abrigo. Ovejas. Por un momento presientes que no eres dueño de tus actos. Ni siquiera las cerillas son tuyas. Las ovejas, como cualquier idea esquilada en la matriz onírica del tiempo, no te pertenecen un carajo. Empiezas a cavar. La pala se resbala. Olvidaste secarte las manos, lavártelas. Enfilas el ánimo hacia la puerta semiderruida del establo. Lleva abandonado

unos años. No sabes cuántos. Los asesinos de tu viejo calculan el peso de sus almas en el interior de un agujero. Desojas una margarita y piensas en la marihuana. Te empalmas. Clarice Harrison. ¡Dios! Llevas una semana poniéndote morado en Colorado. No tienes la menor intención de aburrir al tipo que ha encontrado tu diario con análisis sociológicos ni pretendes hacer de tu semblante un retrato de la sociedad norteamericana de mediados del pasado siglo. Grábate esto en la memoria: de aquí en adelante búscate la vida, ya sabes, roba un libro de historia escrito por perdedores o siéntate en un bar a escuchar a los borrachos balbucear ensayos sobre la colonización del absurdo. La peor de las muertes, te lo juro. No te aconsejo que fumes marihuana antes de follar con los descendientes de Clarice Harrison. Te aconsejo que folles mientras apuras a oscuras un canuto de marihuana. ¿Una calada?, le preguntas al coño de Clarice Harrison. Sabe a solsticio de verano. Su coño. El porro sabe a hierba mexicana. Clarice apaga la luz o la enciende. Aprovechas el anonimato de la luz o de tus ojos atascados en el delirio del amor para decirle que la amas, que quieres morir entre sus piernas, sin duda, las extremidades más resistentes que has manoseado. Clarice aprieta sus muslos contra tu cabeza. ¡Quiero vivir entre tus piernas!, rectificas. Te guiña el ojo. Lo ves por el rabillo del ojo. ¡Fóllame, cabrón!, te ordena. La penetras una y mil veces, hasta que sus piernas de plástico se separan de sus rodillas de carne y hueso. Piensas que te acabas de tirar a un monstruo. Te sientes fatal por pensar lo que acabas de pensar. Clarice Harrison te dice que eres el tío que mejor folla de todo el campus. Te corres. Te vistes. Le dices que la llamarás.

X

Hace unos días se llevaron al padre de tu padre. Sientes un *dolor doble*. Por supuesto, tú no sabes por qué se lo han llevado ni a dónde se lo han llevado ni por qué diantres la naturaleza ha creado el *dolor doble*. A decir verdad, el abuelito tampoco sabe nada de las ausencias mágicas. Cuando uno desaparece los teléfonos son conejos muertos dentro de una chistera. Sospechas que sus artículos, siempre incendiarios, arden en algún lugar. No hay humo. Recuerdas su última mirada. Siempre que oyes hablar de las manchas solares piensas en él y luego en el sol. Ya nadie cuenta historias de amaneceres en Arizona. Supones que para eso Dios inventó las estrellas fugaces. Tu abuelo decía que las paredes hablaban y que los picaportes se enamoran cada día de una huella distinta. Así es la vida, incluso para los muertos, añadía.

XI

Invierno. 1989. Kiriakov es un activo importante del negocio. Evalúas pros y contras. Sus despistes son reiterados y su falta de empatía es comparable a dormir con una guillotina de tres cuchillas auscultando tus pestañas. Simpatizas con sus orígenes bolcheviques y su forma de vestir te recuerda a ti, al pringado que eras en la etapa universitaria, cuando, paradójicamente, sólo pensabas en quedarte en pelotas con cualquier chica en cualquier fiesta en cualquier rincón. Su ineptitud deja huella. Le has dicho un millón de veces que nada de pistolas en la fase 1 o fase de reconocimiento. Recibes un disparo en el hombro derecho. Un rasguño, pero las cicatrices son feas de cojones. No piensas destituirlo, echarlo, indemnizarlo. Es el mejor conductor que conoces. Le cantarás las cuarenta y reducirás su próxima paga un veinte por ciento. El ruso no está de humor. Ha caído el muro de Berlín. Te pide disculpas por hacer lo que no tenía que hacer pero te dice que no está de humor y que la cicatriz no te queda del todo mal. Reduces su paga un treinta por cierto y le dices que los muros son como las parejas que han follado demasiado, sólo piedras unidas que algún día dejan de aguantarse... Decimotercer blindado en cuatro años. La pasma estrecha el cerco, pero los bosques no tienen puertas y

vosotros no sois un bosque pero funcionáis como un bosque, es decir, hacéis lo posible para evitar que las plagas os coman vivos. Por lo pronto, jefe, insiste Kiriakov, la poli no tiene indicios de nuestro paradero. Ni un solo testigo objetivo. Kiriakov no se equivoca. Sólo tienen vuestra *carta de amor*. Un verso de Ginsberg alojado en el parabrisas delantero izquierdo de todos los vehículos asaltados. La credibilidad del cuerpo pende de un hilo. Un hilo bañado en nitroglicerina. La especulación devora sus mentes como el ácido descompone las heces en un inodoro de caravana. Putos poetas de los cojones, así os llaman. Estás leyendo *Subterráneos* cuando Kiriakov entra en tu despacho y te dice que está enamorado de tu hija, que le hace tilín. Le dices que no tienes ninguna hija. Lo tachas de subnormal profundo y le reduces el sueldo un cincuenta por cierto. Confundir una amante con una hija te da que pensar. Luego recuerdas que Kiriakov es bipolar o algo parecido. Perdonas pero no olvidas.

XII

Verano. Te has tirado tres gramos de coca en menos de dos horas. Le dices al tipo que te acompaña que se haga un porro de hachís. Mejor dos porros, uno para cada uno. El hachís te baja el *lote*. Abres una cerveza para compensar. Apuestas todo, lo pierdes TODO. Llevas un año comiéndote la cabeza. Están a punto de echarte del motel. Debes la mitad de tu riñón. Has llegado tarde al curro más de una vez, siete veces en el último mes. Tienes un aspecto deplorable. Son las tres de la tarde y abres la nevera. Vacía. Abres el congelador. No hay nada más triste que un congelador vacío, exceptuando una nevera que no funciona.

XIII

Sacas un billete a Nueva York. Vuelas. Llegas a Nueva York. Trazas el itinerario en el autobús que te traslada desde el avión hasta la terminal del Aeropuerto Internacional John F. Kennedy. Necesitas un arma. Has quedado con un viejo amigo en Queens. Está mucho más viejo de lo que cabría esperar. Él piensa lo mismo de ti. Te dice que te das un aire con la vieja de la chicas de oro, Sofía, sí, se llamaba Sofía Garcés, remata con sorna. Te cuenta su vida en el lapso que tardarás en reordenar las veintisiete palabras venideras: «Y dos chuchos vegetarianos. Arregla ascensores. Mujer dominicana. Su vida, dice... Y amante venezolana. Es un ascensor. Tres hijos que llevan su mismo nombre. Éxtasis y bajón». Le entregas la pasta y él te pasa el arma envuelta en un periódico, puede que el New York Times de hace cuatro lunas. «Por si el diablo no ha cargado la pipa, en la sección de deportes encontrarás cuatro balas», te notifica. Sonríes como si una bala hubiera atravesado tu mandíbula. Coges un taxi hasta la casa de R.B. Tocas el timbre. R.B abre la puerta. Sacas el arma. R.B te entrega la novela. Aprietas el gatillo. La cabeza más brillante de su generación ha caído. Te sientes como el ave fénix. Despiertas. Sientes una tristeza inmensa. Las gallinas tienen alas, pero no vuelan.

XIV

Eleanor Smith te presenta a Nicotina Green. Nicotina Green te dice que el tipo con psoriasis es el Aleta. La Polaquita revela que se llama Eleuterio pero que desde los seis años todo el mundo la conoce por la Polaquita. El Mota suelta una retahíla sobre lo cabrones que se ponen los koalas machos durante la fase de apareamiento. Los observas como si estuvieras frente a un pelotón de fusilamiento. En tu mano inhábil, la zurda, sostienes un manifiesto, una constitución, un panfleto. El Aleta pregunta si puede fumar. Enciendes un pitillo. Nicotina Green, el Aleta y el Mota fuman desde los doce, los trece y los quince. Aún no lo saben, pero desde la primera calada su aparato respiratorio comenzó un proceso de mutación semejante al desamor. Te preocupa la pinta de koala en medio de un incendio que trae la Polaquita. Los cocainómanos no pueden vender cocaína. Eleanor Smith te ha dicho que es de fiar. Cuando una persona te dice que otra persona es de fiar, una de las dos termina clavándote un puñal por la espalda. Nicotina Green delinea una constelación de ceniza sobre la alfombra. Le reprendes con una mirada del calibre veintisiete. Recuerdas aquella película en la que un asesino le dice a su mujer que después del primer tatuaje viene siempre el segundo, y que después de cargarte a al-

guien, puedes reducir a cenizas un pueblo entero y no recordar el porqué. Rastreas las ojeras de Nicotina Green en busca de impurezas cósmicas. Te afanas en hallar bajo sus cavidades orbitarias el boceto del primer telescopio que no sirvió para nada. Empecemos. Corre el año de 1979.

XV

Estudias séptimo curso en un colegio de monjas. Tu tía es la profesora de religión. Se llama Patricia, Sor Patricia. Los deberes que no has realizado versan sobre la resurrección de Jesucristo. Tu tía pasa lista. Eres el número 13. No crees en los milagros. Miras con ojos de santo a tu compañera de pupitre: Elena Castro. Sabes de oídas que está por ti, pero también sabes que por nada del mundo, ni siquiera uno de esos besos que desencajan mandíbulas, te pasará su cuaderno. Alzas la vista y contemplas un crucifijo de madera que no te dice nada, salvo que el dolor duele. Te levantas de la butaca. Sor Patricia te pregunta por los hechos acaecidos tres días antes del extraordinario despertar del hijo de Dios. Frunces el ceño. Respiras hondo y dices lo primero o lo tercero que te sugiere el verbo resurrección. Algo así: «Durante esos días, podías besuquear a la muerte en cualquier esquina, mirarla a los ojos, en caso de que la muerte tuviera ojos, y decirle, con voz de profeta acojonado, que estás hasta los mismísimos de ser un viejo putrefacto con apenas treinta tacos, de comer bazofia, de apestar a puerco, de no tener ni pajolera idea de que la tierra es redonda, de ser simplemente el resultado de un azaroso accidente, y, luego, encontrarte en la misma esquina donde la muerte ha hecho de tu boca un estercolero,

al hijo de Dios, que te promete la vida eterna a cambio de nada... Una historia demasiado ñoña para mi gusto, querida Sor Patricia». Tu tía, la misma Sor Patricia que te amamantó durante semanas porque tu madre estaba pasando una de esas malas rachas que dejan a cualquiera a merced de la nostalgia y de las bacterias, ardió como la noche en que tu amigo Angulo, el Piojo, tiró un desodorante en la hoguera de San Juan, que no era de San Juan sino de todos los mocosos que vivíais en las inmediaciones de la Catedral de La Laguna, y el desodorante sintió en su cuerpo de hojalata un culebreo, un espasmo similar al amor primero, y regresó, inflamado, que no amado, a los brazos de Angulo, el Piojo. Observar cómo ardían sus brazos en la inmensidad de la noche te marcó para siempre. No era poesía, pero qué diablos, cuánto se le parecía.

XVI

La Polaquita se desnuda. Tiene un pene asquerosamente grande flanqueado por unos testículos que podrían poblar la Tierra en un par de semanas. Ha esnifado tres gramos de cocaína y va a por el cuarto. Oh, sí..., cascabelea. Le ordenas que tape esa mierda que le cuelga entre las piernas. Te hace una peineta. Le apuntas con la *Rusita*. No recuerdas hacia dónde dirigiste el cañón. Supones que no estaría nada mal pegarle un tiro entre el ventrículo izquierdo y el ridículo tatuaje de Cupido que luce en el atrofiado bíceps del brazo derecho. Eleanor Smith reflexiona. Se pregunta cómo diablos ha acabado hasta el cuello de mierda. Mira al Mota e interviene, exactamente, fija sus pupilas caleidoscópicas en la chaqueta del Mota. El plano secuencia concluye con una visión que nadie ve. Amárratela a la cintura, jodida puta, vocifera una *voz en off* que por su cadencia podemos atribuir a la señorita Eleanor Smith. Las sirenas de la policía resuenan en la noche. La cosa se pone fea. Los vecinos ya tienen bastante con lo suyo y cierran las ventanas. Las fuerzas de seguridad acordonan el edificio. No hay escapatoria. El Aleta lloriquea en una esquina. Alguien compara sus lágrimas con faraones ahogados en el Nilo. La ha cagado. Si no hubiera raptado a la hija de un comisario, el Método seguiría siendo el jodido Método. Año 1982. Naranjito ha sido exprimido.

XVII

Le entregas la llave del trastero B-45 a Eleanor. La dejas caer sobre su mano izquierda, lentamente, como si la física cuántica pudiera revelarte el maravilloso infinito que habita bajo su piel. Le dices: «Bajo la cama encontrarás un baúl, dentro del baúl hay una dirección. No te asustes por la fachada de la casa, tampoco por el negrata que te abrirá la puerta con una escopeta recortada, quizá con un cuchillo de supervivencia en cuya empuñadura plateada puede leerse: *Dios afila mis ojos.* Dile que vas de mi parte y añade que el sol afila tus sueños. Probablemente te pedirá una contraseña. Dile que al este del Edén duerme el crepúsculo. Morgan te entregará tu parte». Eleanor Smith exhala el humo del cigarrillo como si el tiempo se estuviera fumando la cara de tarado de Morgan. Le dices en voz baja, con lengua de telegrama, que no te gusta comerle los morros a un cenicero. Te manda al carajo y hacéis el amor en el vestíbulo. No es la primera vez que folláis *a pelo*. Lleváis haciéndolo tanto tiempo que el vestíbulo apesta a guardería tras una explosión nuclear. No quieres admitir que Eleanor Smith es la mujer de tu vida. Un océano de tiempo o un océano desértico os separa, te repites para no naufragar en sus ojos de sed, insomnio y nicotina. A decir verdad, ninguno de los dos cree en el amor para siempre.

No es culpa del amor, claro que no. La jodida culpa es del *Nada es para siempre*. La conociste en la primavera de 1978, puede que en el invierno 1987. En realidad, la conociste en el invierno de 1978, quizá en la primavera de 1987, sea como fuere, el romanticismo de yonqui que aún conservas te comenta de *buen rollito tirando a gilipollas* que ese año sólo existió la primavera. Cuando la viste entendiste la razón primera y última de la poesía. También pensaste, agarrando el tiempo entre sus dedos y tus dedos, que el sexo puede ser más eterno que el amor.

XVIII

«Está bien. Estás dentro. A partir de ahora se acabaron las milongas. Si quieres trabajar con nosotros, demuestra interés, ¡coño! ¿Qué sabes hacer?» «A mí, papito, se me da de vicio domesticar culitos. También controlo, domino, los lubricantes anales (en espray o en crema), las cápsulas afrodisiacas, las bolas chinas vaginales, anales o con vibración, los consoladores ergonómicos, los mini vibradores, los conejos rampantes, los estimuladores del punto g, los penes dobles, las lenguas *tsunamis*, las esposas, los látigos, las plumas... Los bajos fondos, criatura, son menester de la diosa que tienes ante tus ojos».

XIX

El Aleta te comenta que vender aletas de tiburón en el mercado de Hong Kong no es lo mismo que vender cocaína en *Spain*. Te haces una pregunta: ¿Para qué demonios necesito a un puto manco que habla por los codos? Te haces otra pregunta: ¿Para qué diablos necesito a un imbécil que se pasea por la embajada chilena con dos carteles lazados a la base del cuello mediante un intrincado sistema de poleas? En el cartel frontal uno advierte los peligros de leer poesía mientras un terremoto de 6,7 grados zarandea tu hocico, ese huesudo péndulo anestesiado con cocaína del altiplano: *Soy el único depositario de un secreto que no dejará piedra sobre piedra en la mal encofrada poesía latinoamericana*. En el otro cartel, que descansa en su trasero romboide, pareciera que el Aleta se hubiera sumergido en la fosa abisal de un multiverso desconocido: *Neruda es una mujer barbuda. Neruda se depila la concha. Neruda no sabe leer*. Sabías de sobra, pobre diablo, que sin el contacto gallego del Aleta no conseguirías coca con la calidad suficiente para cortar el kilo como Maradona en Barcelona... Vayamos por gramos. Gutiérrez y el Aleta se conocieron en un hospital de California. Gutiérrez, la Promesa, se movía como pez en el agua en el tráfico del polvo blanco, y, el Aleta, acababa

de perder sus dos brazos. Cuentan que el escualo que se los arrancó no tuvo la gentileza de comérselos. El exceso de vello en las extremidades no es del gusto del gran tiburón blanco, expresó un reportero de la radio local. El Aleta no paraba de chillar. Una nenaza espectacular, dijo un reportero de Playboy que pasaba por allí. El Aleta se retorcía en el mar angosto como el gusano que desahuciaron hace miles de años de la manzana prohibida. El dolor era tan insoportable que los médicos apostaron mil dólares por cabeza a que no aguantaría más de una hora sin solicitar que alguna enfermera le rascara las pelotas antes de largarse al otro mundo. Gutiérrez, la *Promesa*, compartía habitación con el hombre despiezado que demandaba una alígera paja como sucedáneo de la extremaunción. Evidentemente, Gutiérrez no estaba allí para hacerle una paja al jodido manco; había llegado al hospital con una herida de bala del calibre 44 en el costado derecho. Tras extirparla con éxito en una operación que duró diecisiete horas, veintitrés minutos y siete segundos de nada, Gutiérrez fue trasladado a la unidad de cuidados intensivos, donde pasó un día y una noche bajo la supervisión de la suerte y también de la muerte (según las cámaras, bajo la tutela de una enfermera cubana de nombre: Graciela Castro). Ya en la habitación 21-G, Gutiérrez, la *Promesa*, y el Aleta, disertaron sobre la vida y la muerte y, ambos, a su pesar, coincidieron en que la señora muerte, con la que ambos habían fornicado en noches distintas en la misma habitación, era puro morbo. La vida es una estrecha con gafas de *culo botella*, dijo el Aleta. Nos vemos al otro lado, sentenció Gutiérrez, la *Promesa*.

XX

Estás nervioso, expectante, por fin el neón del Club de Poetas Mutantes relampaguea al este del Edén. Sólo sois nueve: siete alumnos, un secretario y tú. Agradeces a los presentes haberse inscrito en el curso y prometes enseñarles todo lo que sabes de poesía. El secretario, un vagabundo irlandés al que has ofrecido techo (no es la bóveda de la Capilla Sixtina pero es mejor que contemplar la bóveda celeste desde la antesala de los muertos), un salario decente y la posibilidad de aprender la más sublime de las artes sin hincar los codos, aplaude efusivamente. La estentórea vibración de sus falanges te traslada a la noche en que os conocisteis. Cruzas la acera por Hill Avenue. Un DeLorean gris Transilvania se salta un semáforo. En tu mente aparecen y desaparecen las siguientes diapositivas: cebra sobre fondo rojo, jirafa sobre fondo negro, león devorando todos los fondos posibles. Despiertas y ves un ángel. Es verano. En verano no llueve, en verano los ángeles apestan como el dios de las moscas. Te acercas a la pizarra. *La poesía no se enseña*, escribes. Título de la novela más vendida de R. B hasta la fecha. Tu única no-novela sobre la mafia irlandesa.

XXI

La primera semana colocáis en la calle kilo y medio de farlopa con un 80% de pureza. La vendéis a precio de latido. En tres días la mercancía ha dinamitado el corazón de medio barrio. La segunda semana el grado de pureza desciende hasta el 75%. El precio no varía. La tercera semana los corazones parecen papayas. Es hora de activar el Método. Alquiláis un apartamento en un barrio de la periferia, al este del Edén. Dispone de baño, cocina, dos dormitorios, un salón, una despensa, una terraza y un desván. Asignas una misión a cada uno de tus camaradas. Eleanor Smith se encargará de preparar la mercancía con ayuda de una ecuatoriana muy simpática cuyo visado ha expirado. La *extranjera*, Matilde Cachúa, tiene siete hijos en Quito al cuidado de su madre, un vejestorio que apenas recuerda cuál es la capital de Ecuador. El marido de Matilde está en paradero desconocido, o lo que es lo mismo, no se le ha visto el pelo desde la última vez que Matilde envió la mitad de su nómina como limpiadora en unos grandes almacenes. No le preguntas a Eleanor de dónde ha sacado a esa petaca con ojos de luciérnaga, sólo le adviertes de que si se va de la lengua no habrá agujero donde pueda esconderse, salvo una caja de roble o de chapa o de cualquier otro material que pueda alojar en su

interior un fiambre de metro y medio. Eleanor puede tomar sus propias decisiones. Es tu ojito derecho. No se lo dices, pero le guiñas el ojo, su ojo. No hace falta ser pitonisa para leer las líneas que surcan vuestras palmas o las legañas que invaden vuestros párpados. Estrías sincronizadas, llagas fabricadas por la misma llama. Nicotina Green, a través de su productora Gustirrinín Films, blanqueará el capital. El Aleta vigilará a pie de calle los movimientos de los compradores. La Polaquita se quedará en el apartamento, recibirá a los clientes y consumará el intercambio. El Mota (expolicía con antecedentes por tráfico de *meta*, famoso por practicar interrogatorios copiados del Cártel de Sinaloa) controlará a los recuperadores, dos sabuesos de Leningrado que él mismo ha contratado en una discoteca del centro. El Método es sencillo. Los compradores compran y los vendedores roban lo que los compradores han comprado, señalas con el cañón de la *Rusita* apuntando a la pizarra.

XXII

Debías rondar los ocho años. Recuerdas el frío, probablemente el invierno más puñetero de cuantos recuerdas. Te levantaste de la cama como un zombi enamorado (a esa edad es normal soñar con princesas que te hacen volar o te comen enterito). El ruido era lo suficientemente excepcional para vencer al miedo y al frío y a la orden paterna de descansar toda la noche y soñar con los querubines más hermosos del reino celestial, incluidas las princesas voladoras y las doncellas hambrientas. De puntillas te fuiste acercando a la biblioteca. El suelo de madera crujía con cada uno de tus pasos. No podías evitarlo. No eras bailarín, no eras un fantasma, sólo eras un niño en pijama y calcetines a rayas en busca de respuestas. Tu madre se había marchado con tu tía Estrella a velar a una tía abuela de un primo hermano del mejor amigo de tu tía. A medida que te ibas acercando al refugio espiritual de tu padre, el ruido se intensificaba. Gemidos, golpes secos contra la pared, susurros inaudibles. Te frotaste los ojos, volviste a hacerlo. Te picaba la curiosidad, por eso decidiste hacer lo que hiciste. Acercaste una maceta al borde de la pared, junto al ventanillo. Te subiste a la maceta. Los ojos volvieron a arder. Las hogueras siempre se apagan, pensaste. Permaneciste unos minutos visionando aquel simulacro de amor. Juraste que nunca se lo contarías a nadie. No volverás a ver un eclipse *lunar* el resto de tu vida.

XXIII

El primer pringado se llamaba Lorenzo Reverte. Debía rondar los dieciocho. Sonó el timbre. Eleanor y tú ensayabais el *helicóptero transversal* en el dormitorio principal. La Polaquita preguntó quién osaba despertarla a las nueve *ante merídiem* (llevaba un tiempo quedando a escondidas con un estirado de mucho cuidado). Acercó su ojo derecho a la mirilla. Lorenzo Reverte le dio los buenos días, esbozó una tímida sonrisa y a trompicones vomitó la contraseña. La Polaquita introdujo sus largas y escurridas piernas en unos jeans color berenjena, recogió su estropeada melena con una no menos deshilachada braguita y abrió la puerta. Lorenzo Reverte entró con las manos anudadas a la espalda. La Polaquita hacía mucho tiempo que no veía un pringado desde tan cerca, así que no tardó en explicarle al muchacho que con una actitud como la suya, tan esposada al ridículo, cualquier hijo de la chingada se esnifaría sus huesos molidos a la menor oportunidad. Lorenzo desanudó sus manos huesudas y solicitó con voz de prisionero arrepentido dos gramos de coca. La Polaquita encendió un puro habano y le dijo que *nanay de la china*, que por menos de cinco gramos no meneaba su preciosa retaguardia. Lorenzo dijo me cachis o vale o volveré mañana o tienes un culo asquerosamente imperdonable y en-

filó el camino de regreso al sindicato de palurdos. La Polaquita cogió el walkie-talkie. «Déjalo ir. No ha pillado. Es un subproducto del siglo XXI. Tan igual y tan distinto al resto de los hombres y mujeres de todas las épocas y naciones. Me gusta este rollo, servirá como poema, ¿no?»

XXIV

Un pervertido del campus, llamado Clark Dogerthy, te ha conseguido un trabajo como redactor en un periódico de Lakewood. Te debe una. El muy cretino cree que Betsy, su novia, ha retornado a sus brazos depilados gracias a ti. Sólo reescribiste algunos poemas que habías malnutrido a los diecisiete años, constituidos por estrofas de nueve versos (la estancia spenseriana, crees recordar) con fecha de caducidad de una a dos lecturas. Luego, te follaste a Betsy en la fiesta de cumpleaños de Tiffany O`Brien. Dos meses más tarde, Betsy y tú os fuisteis de viaje a Hawái con el dinero que Clark le había regalado a Betsy por su primer aniversario. A continuación, Betsy desapareció del mapa. Unos afirman que vive en Singapur con dos gemelos hawaianos apodados: Yo Primero y Yo Segundo, respectivamente. Otros, que malvive vendiendo su coño en el peor cuchitril de Las Vegas. Otras, que estudia Derecho por correspondencia. Unos pocos alegan que Betsy nunca existió. Incluso hay quien atestigua que el hijo del senador Dogerthy, Clark D.G, la asesinó a las 00:00 del último día de un año bisiesto. El muy cretino pertenecía a una de esas religiones tan chulas que pululan en EE.UU. Si la mandaba al otro barrio el último día de un año bisiesto, Betsy viviría en algún lugar indefinido entre el espacio, la memoria y el

tiempo. Tras asfixiarla, cuentan, la congeló. Un año después, a las 00:00, fragmentó el bloque de hielo y catalogó por colores cada uno de los trozos consiguientes. Tú jamás concediste un ápice de credibilidad a los chismes que escuchabas en las fraternidades universitarias durante las horas muertas. Pero un día, a las 00:00, visitaste a Clark, pero Clark no quería que le visitases. Mientras te alejabas pudiste entrever la prolongada sombra de su nariz entre las cortinas. El telón se abriría segundos después. Clark elevó la copa hasta el cenit de su cráneo, y, con una apostura próxima a la dulzura, se la llevó a la boca y bebió como lo haría cualquier hijo de vecino en circunstancia análoga, salvo que el hijo de vecino no hubiera extraído con sus dedos un hielo ovalado para besarlo y masticarlo y diluirlo hasta hacerlo desaparecer entre sus labios. Era sábado. De camino a casa te topaste con Tiffany O´Brien. La muchacha se había bebido un río de cerveza y tú habías reunido en tu mirada toda la sed del mundo. Te maldigo, dijo. No respondiste. Te quedaste en babia, como si la maldición fuera tan real como la ausencia de Tiffany O´Brien.

XXV

4 de febrero de 1965. 10:23 a.m. La secretaria del colegio donde impartes clases de literatura te comunica al oído que tu madre ha sufrido un infarto. Palideces. Te contraes como un gusano. Un gusano apocalíptico que asesina mariposas en Pekín. Dos horas más tarde, tu madre es una bolsa. No asistes al funeral. Te encierras en tu habitación, en el armario, en el frasco de pastillas, en la botella de ron. 23:56 p.m. Alberto San Juan, dueño de la revista Laberintos Adyacentes y excompañero de tu abuelo y exjefe de tu viejo, está al otro lado de la puerta. Toca el timbre. Abres de inmediato, tienes la convicción de que tu madre es alérgica a las bolsas y ha regresado a por su crema de aloe vera. Alberto expresa sus condolencias y enumera un sinfín de cosas lindas sobre tu madre, cosas que sin duda ya sabes, cosas que él sabe mejor que nadie que tú sabes mejor que todos los *nadie*, pero igual te las dice. Enciendes el tocadiscos. Clavas la aguja en la piel de *Live at the Apollo* de James Brown y subes el volumen. Alberto desaparece. Ha dejado un paquete sobre la tapa del tocadiscos. Te pasas la noche leyendo el dossier que contiene. Examinas planos, casas francas, catálogos armamentísticos, listas de víveres... La rúbrica de Pablo Estibarte aparece en todos los documentos. También en

la carta que comienza así: «Queridos camaradas, hemos confirmado la hora, el día y el lugar. 9:00 a.m. / 17 de junio de 1936 / Monte de las Raíces, Tenerife»; y finaliza de este modo: «El mal acecha, como el cuervo de Poe, nuestra legítima aspiración de escribir la historia de España en verso libre...»

XXVI

Tienes miedo a las alturas. Los payasos te dan repelús. Las jaulas son las alas de Satanás. Tu sueño americano ha terminado y no sabes qué hacer con tu vida. Has dejado el doctorado a medias, inconcluso, folios y más folios desordenados de género inanimado. «Norteamérica es el país de los sueños, ¿sabes por qué?», te dice el limpiabotas que saca brillo a tus zapatos con un mejunje que huele a chabola habitada por una familia numerosa. Por dos familias numerosas. Respondes que no, aunque conoces el esqueleto en el que están ensamblados los sueños a este lado del Atlántico, prefieres que el limpiabotas ejercite su derecho a relatar lo que le venga en gana. «No era una pregunta retórica», expresa el limpiabotas. Vendes tu sonrisa, pagas y te alejas. En el autobús, de camino a tu apartamento, decides volver a casa. No al apartamento de Capitol Hill, Denver, que compartes con Larry y David, una pareja de ingenieros aeronáuticos que conociste en la biblioteca pública. Esa tarde tú recopilabas en tu cuaderno de notas fragmentos de *Poeta en Nueva York*, y tus futuros compañeros de apartamento habían recorrido 2 leguas de viaje suburbano para leer los versos del poeta granadino en la primera edición americana, no en tu cuaderno de notas. La bibliotecaria, una señora oronda, negra como tu único par

de zapatos negros, te señaló. Larry y David se acercaron a la porción de mesa que ocupabas. Se presentaron y expusieron los motivos para teletransportarse a tu rincón del universo. Necesitaban un slogan potente para la convención de homosexuales que estaban preparando en el entresuelo de una casa abandonada de Lower Downtawn. Les ayudaste. Te invitaron a asistir como invitado honorífico. Aceptaste, no sin antes ofrecerles detalles poco convencionales de tus últimas conquistas amorosas. Entendieron el mensaje pero no el traje que elegiste para la ocasión. Olvidaste que todos los invitados debían vestir de blanco. Fuiste de negro. Dos semanas después, David y Larry te ofrecieron una habitación en su casa a cambio de tres clases por semana de español. Echabas de menos tu lengua materna. Echabas de menos la voz de tu madre. Viajas a Tenerife. Te quedas en casa de tu madre un par de meses ¿? Conoces a alguien. Trabaja en un circo itinerante. Es equilibrista. La señal que buscabas.

XXVII

Tu alma hace aguas. La humedad del sótano que has alquilado hace apenas dos semanas te está *electrocutando* a lo bestia (llevas un marcapasos de segunda mano que sin duda es de segunda mano). En la televisión echan una película de Alfred Hitchcock titulada: *La Trama*. Se estrenó en 1976. Han pasado siete años y tienes la certeza de no haberla visto. Te chifla el cine, pero prefieres sumergirte en cualquier libro de Faulkner, Chéjov, Cervantes o Raymond Carver. Deshacer la maleta no es un buen plan para una tarde de domingo. Arreglar el deshumidificador puede que sí lo sea, pero juega en tu contra esa impericia manual que te caracteriza desde que tienes *uso de herramienta*. Recuerdas tus intentos por tocar el piano. 1945. La Laguna, Tenerife. Tu madre quería que aprendieras a tocar algún instrumento y elegiste el piano porque tu madre tenía un piano que nunca aprendió a tocar. En tu primera clase te trillaste los dedos. En la segunda, llegaste a clase apestando a tabaco y el profesor se lo comunicó a tu madre y ésta a tu padre, que aunque había fallecido dos meses atrás, podía verte, según tu progenitora, allí dondequiera que estuviese. No hubo más clases de piano. Te rendiste. Algo impropio de ti. A los once años te apuntaste en el equipo de baloncesto del colegio. Jugabas de base. Eras

rápido, ágil y dominabas como nadie la técnica de hacer creer a los contrincantes que conocías a sus mamaítas desde el parvulario. No botabas la pelota armoniosamente, pero lo hacías mejor que Eduardito, el Mantequilla; no eras el mejor driblador de tu generación pero hacías lo que humanamente podías, que no era otra cosa que darte de bruces contra tu propia sombra. El miedo a fallar era tu peor adversario. Los nervios te atenazaban. No fuiste diseñado para hospedar en tus manos el destino azaroso de un grupo de mocosos. Dispones de una estupenda y variada colección de fracasos directamente relacionados con tus manos, no obstante, subir el volumen del televisor con el dedo corazón de tu mano derecha no te provocará un infarto. Entretenida, iluminadora, catártica... Así calificas la última película del maestro del suspense.

XXVIII

No has podido dormir. Tienes que ver a Eleanor. Dónde sea, cuándo sea. Ella será la primera persona a la que le cuentes lo que sólo a ella quieres contar. Después de la noche más larga que recuerdas haber vivido, sólo superada por aquel ocaso decorado por una refulgente luna llena y por sirenas caóticas y voces disonantes y estrellas invisibles que te recordaban lo inaccesibles que resultan algunos futuros hacederos, has mudado tu piel. Ya no eres un fantasma mal envuelto en una sábana sin agujeros. La Polaquita, Eleanor y tú lograsteis escapar por la claraboya del baño. No tienes noticias del Aleta. Tienes malas noticias de los recuperadores. El Recuperador Uno fue abatido en la callejuela más estrecha, oscura y hedionda de toda la ciudad. El Recuperador Dos ha muerto en el hospital, esta misma mañana, de un infarto. El marcapasos de última generación estalló como la chispa del amor en el corazón del joven Werther.

XXIX

Entrevistas por separado a cada uno de tus alumnos. Sacas dos conclusiones: la poesía les importa un pimiento. Segunda conclusión: todos parecen ratas de laboratorio con la tripa abierta esperando un milagro. Te acercas a la pizarra y escribes los principios fundamentales del Método. La combinación de las palabras *dinero* y *fácil* les llama poderosamente la atención. Explicas los pasos a seguir y te encomiendas a Dios para que ninguno de los mentecatos a los que quieres evangelizar te vendan por treinta *piezas* de plata. «Imaginen que venden los limones más sabrosos del mercado a un precio relativamente bajo. Bien, adquirís cien kilos de esos limones, es decir, invertís vuestro dinero en un producto que sabéis que venderéis con total seguridad en un tiempo récord. Ahora viene lo bueno. Dinero fácil. No necesitaréis volver a comprar limones, pero seguiréis vendiendo los mejores limones una y otra vez. Otra vez más. Cien, mil, cien mil veces más... ¿Preguntas?» Tus alumnos, poco o nada receptivos a participar en ejercicios poéticos, se muestran como ratas panza arriba esperando aguja e hilo para coserse la tripa. En resumen, te acribillan a preguntas que no valen más que el silencio. Media hora, puede que una hora después, tus alumnos te ruegan con las pupilas como masas

de pizza, que cuentes con ellos, que son los candidatos idóneos, que han nacido para vender limones o parcelas en la luna, lo mismo da. Les dices que la poesía es el arma definitiva. Amamos la poesía, aúllan bajo las serpenteantes luces del aula.

XXX

Presa del pánico, Eleanor Smith inhala un gramo de cocaína en lo que tarda el cigarrillo que acabas de colocar en la medianía de tu boca en extinguirse. La Polaquita se pasea de un lado a otro del salón cagándose en el Altísimo y en la santa madre del Aleta. Detiene su frenética marcha al borde de la mesa de cristal. No suele jalar, pero las excepciones existen para darle por el culo a la costumbre. Los recuperadores otearon el horizonte y lo que vieron se daba un aire a un moñigo ambulante. Dentro del coche patrulla, dos agentes. Uno de ellos, el copiloto, fue testigo de cómo el Recuperador Uno sacaba de su chaqueta de cuero negro una placa más falsa que el espíritu navideño bajo un puente de Manhattan. El Recuperador Dos enciende su *walkie*: «Se avecina tormenta», dice. El Aleta ojea el periódico a cinco metros del coche patrulla. No debe contestar, pero lo hace. Pide tranquilidad, ya saben, la típica frase de «actúa con normalidad», cuando la realidad te empuja a lanzarte de cabeza al precipicio. El Recuperador Dos acaba de comunicarle a Estefanía que tendrá que acompañarle a comisaría. Estefanía le dice que su papaíto es el comisario de policía. El Recuperador Uno lleva años, tal vez desde que *Corrupción en Miami* se emitiera por primera vez en Leningrado, esperando articular «Todo lo

que diga puede ser utilizado en su contra». El Aleta se acerca al coche patrulla. Lo que escucha no es ese tipo de información que te empuja a celebrar una fiesta privada en un jet privado o en una de esas limusinas blancas con cristales tintados. El piloto reconoce a Estefanía. Él, y no otro policía de la brigada, blandió la vela que mejor iluminaba el inocente semblante de Estefanía el día de su bautismo; fue él, y no Papa Noel, quien le compró su primer telescopio a los doce años; fue él, y no su compañero Howard, quien omitió hace unos meses el asuntillo de la marihuana en el baño del instituto. El Aleta cruza la acera a toda pastilla. Sube a Estefanía sobre su hombro derecho y les dice a los recuperadores que salgan cagando leche. Los polis desenfundan sus pistolas reglamentarias tal y como dictan los manuales reglamentarios. El Aleta incumple siete normas del Método. La noche se enciende. Nadie es inmune a su propio veneno.

XXXI

Es el séptimo *blindado* en lo que va de mes. Has tenido que incumplir la norma más importante, la única norma importante, la única norma, ¡joder! La sangre del conductor impregna todo lo que tus ojos no quieren ver. Nicotina Green te repite que no tuviste otra opción que volarle la tapa de los sesos. Siempre hay otra opción, cavilas mientras cargas a tu espalda una mochila Nike cargada de billetes. Nicotina Green golpea al copiloto en su infructuosa tentativa de huida. El copiloto susurra algo. En el campamento de verano de 1950 aprendiste a leer los labios. Ha dicho: «Puto gitano mal parido». La testa del expiloto parece una calabaza de *Halloween* cortada por una viuda muy triste a la que el día de los muertos le resulta la más prescindible de las festividades. Subís a vuestro coche, un BMW 320 automático color negro ónice. Eleanor enciende un pitillo. Arranca el vehículo. Acelera como si el pedal y su sandalia hicieran el amor en la noche de bodas, pasados de copas, desesperados, liberados de tanto estrés acumulado. Nicotina Green apaga el porro de marihuana con la mirada. El humo te retrotrae al verano de 1950. La monitora te saca seis años y dos cabezas. Te dice que lo que está a punto de suceder está mal. Tienes en mente veintinueve argumentos consistentes. «En eso

consiste el amor...», es el primero que evade la reseca frontera de tus labios. La monitora, cuyo nombre desconoces ahora y entonces, acerca sus labios armónicos como un violoncelo a tus santos cojones. Cierras los ojos. Ella levita, entonces masticas su lengua y descubres el alma de sus hoyuelos, fabricas nostalgias con el olor a kétchup de su barbilla. Le arrebatas la camisa, el sujetador, la segunda camisa. Te quitas los calcetines. Mala idea. Escondes tus pies en el despeñadero de tu saco de dormir. Os juráis tantas tonterías que reís descontroladamente. Es el turno de arrancarle con los dientes sus bragas rosadas con dibujitos de cervatillos, duendes y girasoles. Vuelves la mirada. La sangre del copiloto. La sangre de sus bragas. «Fuma», te dice Nicotina Green. «Fúmame», añade la monitora. Ese día intuiste la existencia de universos paralelos.

XXXII

Tocan a la puerta. Abres un ojo. Es un sueño, te dices. Tocan a la puerta. Es un sueño, repites. Piensas que los humanos somos la cosa más rara que un extraterrestre puede echarse a la cara. Pulsas pause. Ahora que lo piensas, los sueños siempre están en pausa. Enciendes la luz. Te diriges a la puerta. Compartes piso con dos pringados. Son las siete y diez de la mañana. Los pringados han llegado a casa. «Hemos perdido las llaves», rebuznan. Te rascas las pelotas y con más trabajo del presumible, extraes la llave de la ranura, giras el picaporte y Adrián Rocamora se abalanza sobre ti. Vómito, orina, tabaco, chamusquina. Te lo sacas de encima. El suelo está limpio. No presenta rarezas ni acumulaciones dignas de un sobreesfuerzo narrativo. Haces de grúa. De niño dibujabas grúas en las paredes y luego te ibas a tu cuarto sin cenar. Ya en el suelo, sobre la horrible alfombra color gris bombardeo que el casero os dejó para arropar las humedades, te las apañas para limpiarle al pequeño de los Rocamora un corte superficial en su ceja izquierda. Utilizas agua y cinta adhesiva. El sujeto parece un cadáver, si no gritara tanto jurarías que está fiambre. El cadáver balbucea como un fantasma que aprende a hablar. El otro chalado, Eusebio Carranza, tiene la camisa ensangrentada y catadura de luna, ya saben, marcas de acné y

palidez estratosférica. Cae redondo sobre la alfombra, intentas levantarle la camisa pero es imposible (la lleva sujeta con unos tirantes de los de antes). Rompes la camisa por el costado derecho. Cierras la maldita puerta. La herida es fea. Haces acopio de paciencia y de algunos ingredientes básicos para salvarle la jodida vida: alcohol, gamuzas y vendas. Interrogas a los especímenes con frases concisas y leves movimientos de muñeca. «Dos yonquis», responde Eusebio exhibiendo el signo de la paz como si eso significara algo más allá del Círculo Polar Ártico. «Los muy cabrones eran pareja. Esa clase de pareja que se chuta a medias y luego se masturban a lo guarro y finalmente se reparten las vísceras aferrados a un cartón. Nos tendieron una trampa. La muy guarra me clavó un abrelatas después de chuparme la polla. No veas cómo jalaba, era como si mi polla fuera un fregadero estropeado y su boca un desatascador con el motor de un Boeing 747. Sé dónde puedo encontrarla», se explaya Eusebio Carranza. «A los muertos no se les busca; se le entierra, se les echa de menos, se caga uno en sus muertos, pero no se les busca», dice Adrián Rocamora. Fecha: ¿Los sueños tienen fecha?

XXXIII

Elipsis, asíndeton, onomatopeya, similicadencia, hipérbaton, epíteto, metáfora, sinestesia, metonimia, paronomasia, alegoría, calambur, dilogía, quiasmo... Les dijiste a tus alumnos que los poetas, entelequias concebidas a partir de la misma materia que las estrellas, no necesitan saber que un asíndeton es la supresión intencionada de las conjunciones o nexos que unen oraciones o palabras. Les dijiste que las estrellas resplandecen en la noche incierta porque su alma no ceja en el empeño de hacer del universo un lienzo equiparable al más ensordecedor de los silencios. Les dijiste que la poesía no necesita a los poetas. Les explicaste la diferencia existente entre la existencia y la no existencia, y qué duda cabe, dijiste, no hay forma más miserable que la plena conciencia de saberse un punto intermedio entre la nada y el todo. No les dijiste que te enamoraste de un clítoris de goma. No les mencionaste el rotundo fracaso de tu primera novela *Las ratas vienen de Marte*. No creíste conveniente tildar de gilipollas a los cientos de miles de personas que detestan la poesía. No creíste. Nunca lo hiciste. Escribir poesía para sentirte poeta y no un gilipollas.

XXXIV

Haces recuento: doce, quince, treinta y tres, sesenta y nueve... A ciencia cierta no sabes a cuántas mujeres amaste. Discriminas a aquéllas con las que sólo te acostaste, omites a las ínfulas que conociste en un tiempo equivocado, traicionas a un puñado de putas a las que amaste por detrás y por delante, pero nunca besaste (sin unos labios alojados en otros labios, sin una lengua transfiriendo el lenguaje de los sueños, sin ese olor a naufrago alimento, sin esa cascada de húmeda llama, sin ese verso desleído, no puedes hablar de amor). Exclamas en voz alta: «¡Maldita ternura!», pero nadie te escucha. Te asomas a la ventana. Afuera, el árbol sin ramas se sacude la nostalgia. Te recuerda a María; brazos infinitos, dedos como fideos y yemas despojadas de toda culpa. Sus pies eran bonitos, pero por todos los dioses, cómo apestaban, imagina que escachas un gusano y te da por quitarte el zapato, voltearlo, y olfatear, cual oso hormiguero, lo que queda de gusano. Estabais en cuarto de E.G.B. Ella te advirtió de que María había tenido un bebé sin mojar el churro. Sonreíste como el niño mutante que eras. Os acercasteis al columpio cuya estructura os resultaba la mar de familiar, acaso una nave espacial perdida en el espacio que aún os separa. Subisteis al artefacto. Disteis veinte o cuarenta y

siete vueltas. Las mariposas revolotearon a la misma velocidad que el engranaje rotatorio del columpio. Os bajasteis. Teníais la sensación de haber sido cómplices de un hito incomparable: habíais pasado de monolingües a bilingües en un abrir y cerrar de boca. Cierras la cortina y de un plumazo asesinas una mosca. Te viene a la memoria aquella muchacha de Córdoba que se pasó el verano revoloteando alrededor de la casa de tus abuelos paternos. Se llamaba Cathaysa. Iba para ilusionista. Tenía un año menos que tú, es decir, quince añitos. Entre tú y yo, nunca llegó a gustarte. Entre ella y tú, siempre quedará la obsolescencia programada. Nunca olvidarás aquella tarde de agosto, cuando hizo desaparecer tu champiñón entre sus pechos sudorosos. Ese día lloraste de felicidad. Nunca te ha vuelto a pasar. Beber lágrimas y querer más.

XXXV

Eleanor Smith tiene dos corazones, cuatro brazos, cuarenta dedos. Cuando se lo cuenta a Bob, propietario del gran circo Esperanto desde 1969 (fecha en la que sus tíos, Abraham y Magdalena, arrojaron a los padres de Bob a la jaula de los tigres, y éstos, famélicos, es decir, hambrientos, es decir, tres tristes tigres destinados y dispuestos a comerse el cuerpo de su propia tristeza, devoraron hasta la última sílaba de Magdalena y Abraham, y Bob, hombre como cualquier otro hombre hecho de tentaciones carnales, pensó que no estaría nada mal repetir la macabra escena una fría tarde de otoño del mismo año, y tal como lo pensó, lo hizo, y una vez hubo retirado de la jaula de los tres tristes tigres los huesos más relamidos de cuantas metáforas óseas han vertebrado las huellas del vacío, se sentó en el centro de la jaula y contempló sereno el proceso de solidificación de la sangre; su legado), éste le dice que es una buena noticia, un hecho sin parangón en los anales de la anatomía circense, pero que en modo alguno sus extraordinarias anomalías podrán hacerle sombra al pene-machete de Iñigo Carranza o al cuerno de oro de la señora Unicornio o al magnetismo de Kamaria, bruja oriunda del valle de los espectros, o a Eduardo, el niño bonsái; y ni por asomo, sus cuarenta dedos, su dos pares de brazos y sus dos corazo-

nes, serán dignos adversarios del tridente estelar del gran circo Esperanto: Paul Acholes y sus proezas en el arte de la invisibilidad; Francesc Puig, el hombre más viejo del universo, y Penélope Hernández y Hernández, la camionera traga ruedas. Eleanor Smith sabe que Bob le dará la patada. Bob sabe que Eleanor llorará durante unos trece minutos y su llanto desesperado no será el resultado de una patada bien dada. Eleanor conoce la historia de Magdalena y Abraham. Por un instante visualiza el trasero de Bob en las fauces del más triste de los tigres. Vomita y enciende un pitillo. Bob promete que será un excelente padre fantasma. La señorita Smith sonríe. Su sonrisa es el paradigma de la locura transitoria.

XXXVI

Eleanor no contesta al teléfono. Has dejado infinidad de mensajes en el contestador de su móvil. Llevas dos semanas intentando localizarla. Su casero no la ha visto desde fin de año, es decir, te aventaja al menos nueve días. Vuestra última cita no estuvo mal. Cenasteis, os duchasteis juntos e hicisteis el amor repetidas veces. Sobre la mesa del comedor, en las escaleras, bajo la ducha. No te mencionó ningún viaje. Su única preocupación era cómo administrar el dinero. Te habló de una inversión allende los mares. Crees recordar la palabra *flotador*. No estás seguro. Esa noche dormiste de un tirón catorce horas y cuando despertaste Eleanor se había marchado. No te dejó ninguna nota. Sólo un pintalabios violeta y unas braguitas azules manchadas de flujo. Las oliste e inmediatamente supiste que estaba enamorada de ti, al menos de tu pequeño alguacil. Tres cuartos de lo mismo (omitiendo el amor y el olor y el sabor del amor), te ocurre con Nicotina Green. Te han contado que ya no vive al este del Edén y que su productora Gustirrinín Films ahora alberga una asociación de toxicómanos. La Polaquita también ha desaparecido. Su último novio asegura que la ha visto recientemente. Le preguntas cuándo y te contesta que ayer mismo, en el sueño más líquido que recuerda. El Aleta es el único

que sigue recorriendo la calle del presente. Sabes de buena tinta que anda metido en el contrabando de anfetas. También sabes que quiere verte muerto. Se conformaría con oler el emético perfume de tu cadáver. El afecto es mutuo. Cuando lo pillaste in fraganti sisando una tercera parte de lo que habíais robado en vuestro último atraco, le prometiste que algún día le arrancarías los huevos y los cocerías a fuego lento y se los darías de comer mientras durmiera y se tragaría su propio vómito y, ese día, dejaría de ser un gilipollas con suerte.

XXXVII

Ojeas el periódico. Un accidente de tráfico acapara los titulares. Dos víctimas mortales: mujer embarazada y feto de veintinueve semanas. Las iniciales de la mujer embarazada te resultan familiares. Un becario de la prensa rosa titula el drama como le da la gana. Cierras el periódico. Si pudieras viajar a la velocidad de la luz, ya estarías en el hospital, pero sólo eres un autoestopista en mitad de la nada.

XXXVIII

El marido de Belinda irrumpe en la habitación del motel Ringo Star. Os pilla haciendo el 69. Belinda repta hasta la esquina de la cama. Visualizas al primer organismo que salió del agua y coges la lámpara de la mesa de noche. No quieres que el marido de Belinda crea que eres un cobarde, así que te colocas delante de Belinda y cuentas un chiste sobre dos amantes que se restriegan en el lodo del mundo. El marido de Belinda, cojo pero no manco, te cierra la bocaza con la parte superior de un bate de béisbol. Pierdes el conocimiento. Cuando recobras la conciencia, te preguntas por qué el beisbol es tan parecido al críquet. Estás sentado en una silla, atado de pies y manos con una cuerda que parece la lengua de un *Smilodon fatalis* congelado en los Andes. Sangras como un cerdo. Estás solo. Miras bajo tus pies. Las bragas de Belinda y su olor a nunca jamás. En la habitación contigua una puta y un soldado inventan posturas inspiradas en mayo del 69.

XXXIX

Mientras preparas el testamento con tu abogado de confianza, el señor Cigarra Tres Olivos, te das cuenta de que no quieres deshacerte de la pasta que escondiste en un tren abandonado a las afueras del Edén. El señor Cigarra Tres Olivos te explica el concepto de testamento. Escupís al suelo, es decir, asumís la inutilidad de vuestro encuentro. «Mal asunto, si no hay asunto», rumorea el señor Cigarra. Tachas nombres, tus parientes lejanos en primer lugar. Enciendes un pitillo. El humo es la piel de los desconocidos con sangre fotocopiada, cometas que vienen y van, forasteros a los que jamás reconocerías como legítimos administradores de tu herencia. Pasas página. Es el turno de los amigos. Subrayas el nombre de Eleanor, puede que hayas tirado de cursilería y lo que pretendía ser una línea recta es ahora un corazón desdibujado. Marcas con una X el segundo nombre de la lista, corresponde a Nicotina Green. Cómo olvidar a la Polaquita..., a ésta, la introduces en un círculo que roza la cuadratura. El puto irlandés tiene copias de todas tus llaves, conoce tus chanchullos, y, además, es el hombre más silencioso que se ha cruzado en tu camino, y aunque te niegues a admitirlo, eres un fanático del silencio, así que lo incluyes. Hay una tercera lista: *Enemigos que una vez fueron amigos*. «¡Qué

diablos...!, Haremos una cosa: escribiré una novela, puede que la esté escribiendo en este mismo instante. Cuando finalice, la esconderé, ya sabes; dejaré pistas, mensajes cifrados, bocetaré mapas y todas esas frivolidades metaliterarias que tanto gustan a los vanguardistas. Sólo eso. Fin», le dices al señor Cigarra Tres Olivos mientras quemas la lista como un tragafuegos impregnado en gasolina.

XL

La señora M se ha vestido como de costumbre. Hubieras preferido que el cuerpo de la última mujer que verás en el mundo no tuviera ese aspecto de harapo infesto, pero no estás en condiciones de exigir ningún gesto de belleza. La señora M se quita la toga y la invisibilidad procede a ejecutar su bálsamo de sombras. Solicitas una pausa, el más breve de los coitos interruptus, con objeto de observar el ocaso y que éste fenezca a tu lado. La señora M cruza sus piernas, esa maravillosa curvatura del espacio-tiempo. Admite a trámite tu ruego, y, luego, fumigando multiversos como si fueran cucarachas, te presenta al fiscal. El hombre al que siempre viste como el último ocaso atrapado en un cacho de carne, te entrega tres sacos. Abres el primero. La cabeza de Eleanor Smith. Cierras los ojos. La señora M reaparece en escena meciendo otra puta cabeza. Una copia exacta de tu cabeza. Sobresaltado, intentas limpiarte el sudor que desciende por el altiplano de tu frente, pero es imposible. Dicen que nada es imposible, ¡y una mierda! Has apostado una hoguera, pero tu mano no arde. Desde tu posición puedes verle las bragas a la señora M, es decir, las bragas que no lleva. Repites la palabra *joder* seis veces. Dos veces la palabra *hostia*. Añades a la palabra joder un término ininteligible que podríamos traducir

como bárbaro-grano-en-el-culo. Te despides de tu cuerpo con un ridículo: «Lo siento, amor mío». Tu cuerpo, que yace en el suelo, parece un muñeco diseñado para ser imperfecto. La señora M te coge entre sus manos. Le suplicas clemencia. Prometes reencarnarte, con la venia, en uno de esos mexicanos que adoran a la Santa Muerte. La señora M ausculta tu alma y se tira un pedo que apesta a infierno.

XLI

Te han invitado a la presentación de la ópera prima de una de las más firmes promesas de la literatura norteamericana. Dicen de él que ha inventado una nueva poesía, como si eso significara algo, le dices a un reportero gráfico que no pierde de vista al autor de *Poesía en código Morse*. Tú, sigues escribiendo necrológicas, reescribiendo las recetas que las amas de casa te envían al periódico y rematando una tesis que no acabarás en la puta vida. Envidias al cabrón de Rodrigo Benavente. Su porte dandi, su pelo liso y desenfadado, sus tirantes *vintage* y esa innegable capacidad para hipnotizar a todo aquel que lo ve y lo lee, sobre todo esto último. Has leído todo cuanto ha publicado. Un libro de relatos titulado *El Sr. Fox y sus siete pecados rurales*, y la obra maestra que hoy se presenta ante el gran público: *Yo inventé el mar salado* (Premio Internacional de Novela William Faulkner, 1960). Lo admiras y detestas por igual. Esta ambigüedad, que compartes con el noventa por ciento de los aspirantes a escritor de Colorado a Nebraska, te mantiene *vivo*. Aún no puedes equiparar tus escritos (unos pocos relatos publicados en revistas españolas de tercera división y una novela que has terminado hace dos días y que no piensas enseñársela a nadie que sepa leer) con las genialidades que Rodrigo ha plasmado en sólo dos años de creación in-

interrumpida. Te presentas al acto del nuevo mito americano con traje y corbata (traje Azul Marsella y corbata gris Edimburgo). La corbata que te ha prestado un becario con cuello de roble es lo más parecido a hacerse la corbata colombiana uno mismo. Por eso, hoy, sudas como un *muerto* al que entierran vivo. Una hora después de despachar a periodistas de cuatro estados, llega tu turno. Os caéis bien. Rodrigo Benavente alaba la inteligencia de tu cuestionario y, tú, le lames el culo recitando de memoria párrafos enteros de su ópera prima. Os hacéis amigos. Sin mariconadas. Intercambiáis cartas, postales, estampitas de fútbol y poemas. Dos años después, invitas a Rodrigo a pasar unos días en España. R.B acepta. Hacéis juntos el camino de Santiago. Sois uña y carne. Esguince y ojo de gallo. En el interior de una casa derruida habitada en otro tiempo por meigas y yonquis, le enseñas tu novela. Se la lee de un tirón. Afirma que es cojonuda, profunda, provocadora, mordaz, de una agudeza extraordinaria. Promete enseñársela a su editor, el señor Hoffman. Intentas ponerle cara al tal Hoffman, pero siempre que intentas ponerle cara a alguien, te das cuenta de que tu vida es una novela plagada de personajes que quizá nunca conociste.

XLII

La primera imagen de tu vida se grabó en tu memoria un día antes de cumplir los dos años. Una mujer. No comparte contigo lazos sanguíneos. No sabes con certeza desde cuándo esta mujer sin rostro vive en tu cabeza, mas te inclinas a pensar que te acompaña desde siempre. Teniendo en cuenta que mientras escribes estas chorradas eres un viejo chocho y considerando que los viejos chochos *chochean*, la mujer podría ser una mezcla de todas las mujeres que han picoteado tus labios o tu pene o tu ombligo de garbanzo y, por tanto, la imagen a la que ahora pretendes convertir en un collage literal, podría no ser más que un error de datación o una argucia del corazoncito para hacerte creer que nunca estuviste solo. Sea como fuere, reviertes las agujas del minutero y, hete ahí, mirando con expectación la tarta de cumpleaños que de un momento a otro morirá en boca de otros. Tus padres deciden adelantar la fiesta por motivos que desconoces. Achacan el cambio a la superstición. Sí, naciste un día 13 y mañana es martes 13. Tu madre es la mujer más supersticiosa del Sistema Solar. La explicación te parece plausible. Pausa. Un gato negro, tuerto y con síntomas inequívocos de haber agotado al menos seis de sus siete vidas, busca acomodo en tu balcón. Os miráis. Abres la ventana. Extiendes tu mano derecha y

le sirves un poco de café. El gato mueve el rabo y lame la taza. Comienza a llover. Te inspira confianza y pena a la vez... ¡joder!, te pasa lo mismo al mirarte al espejo. Buscas un hueco, una patria, en el cuarto de la lavadora. Hace tiempo que lavas la ropa a mano (frotar la ropa es como moldear el barro). Colocas en su interior una manta de algodón. El gato agita su rabo despeluzado mientras tú decides continuar el baile de falanges frente al teclado. Tu madre te saca de la cuna. Te pregunta que cuántos años cumples y tú abres tu diminuta mano derecha como si pudieras alcanzar las estrellas de plástico que cuelgan de la cuna. Lo has ensayado con tu padre durante semanas. No puedes fallar, no lo haces. Eres un hacha imitando a esas personas que se afanan en sacarte una sonrisa. Una de tus tías, que nueve años después morirá de una *sobredosis* de cocaína, fado y alcohol, te acerca a la mesa. En ese instante, podemos aplicar un fundido encadenado, tu mano y tu boca exploran los límites del tiempo. Alguien toca a la puerta. Es la señora M (acompañada por dos señores uniformados, repeinados, ceremoniales). Viene a ver a tu abuelo (el padre de tu madre). Departen sobre los desvanes de la II República, los partes meteorológicos adversos y otras cuestiones que el tiempo ha ido tachando del archivo del mundo. El fundido deviene en secuencia vampírica. Concretamente, imitas la postura de descanso de los no muertos. Sientes unas terribles arcadas durante el proceso de metamorfosis. Una estaca en forma de mano te roza la espalda, una mano con forma de mano atraviesa tu garganta. Los vampiros no tienen ni idea de lo confortables que son las cunas por estas tierras benditas. Tu rostro recobra la tonalidad habitual. No volverás a comer guindas el resto de tu vida. La señora M te guiña el ojo. Tu abuelo y la señora M se dicen adiós con un morreo siciliano o beso de tornillo incandescente. Sospechas que tu abuelo le está poniendo los cuernos a tu abuela Remedios

con la señora que frente a ti, ahora, en este preciso instante, susurra tu nombre como si las palabras pudieran atravesar cajas fuertes. «Salvatore, Salvatore...». Es triste, pero ya no recuerdas tu nombre. Mientras la señora M te come los morros, sólo puedes ver el color de sus ojos. Jurarías que son negros como boca de lobo o blancos como la piel del invierno. Ya no importa. Ya nada importa. ¡Qué triste, enemiga mía... hacer el amor con los ojos cerrados!

XLIII

Suena Marvin Gaye. Imagina una navaja. No pienses en la navaja de Ockham. Primer plano de las cuerdas vocales de Bukowski. La excitada nostalgia de un brote de locura en plano medio. Versos, un millón de versos adictos a los cuerpos que se alejan. Eleanor Smith se corta las venas con la aguja del tocadiscos. Llega la poli. La señorita Smith yace en el suelo abrazada al tocadiscos. Un policía te apunta con la pipa. Lo has visto en tantas pelis que es atrezo de tu piel. El poli te ordena que te tires al suelo. Aterrizas como puedes sobre Eleanor. Piensas en Leslie Nielsen. Se lo haces saber al poli. El poli se lo dice al otro poli. El otro poli desenfunda su pipa. «¡Calma!», eructas. Insistes en que la chica no está muerta, y, sí, es tu chica. Les hablas de Orfeo, de la psicomagia y de los actos poéticos. Otean no el horizonte, sino sus cinturones, en busca de armas de invención masiva. Mueren en el acto. Son innecesarios para filmar tu desvelo: ¿Por qué las mantis religiosas se meriendan a sus amantes a ritmo de tsunami, dejando intactas las alas del cadáver?

En alguna fecha, en algún lugar

Victoria toca a la puerta. Te haces el muerto. No crees en Dios pero resucitas en los ojos de un lector que sueña con salvar a Victoria. Todos los finales, en cierta medida, son el resultado de la más absoluta derrota.